

¿HABÉIS OÍDO A LA MUERTE?

SILVER KANE

Lo juro. No puedo recordar cómo surgió aquella idea diabólica. No puedo precisar en qué circunstancia decidimos todos meternos en aquel infierno.

Lo único que puedo decir es que todo se inició aquella deliciosa noche de mayo en que los del grupo nos reunimos a cenar en Ginebra, organizando una especie de reunión en honor de Dale Went. Quizá usted se pregunte que por qué nos reunimos en torno a él, si no se había distinguido en nada, si no le habían ascendido en su trabajo ni había ganado ningún premio literario o artístico. Pues bien, se lo diré a usted: lo hicimos porque la semana anterior, su esposa, había sido salvajemente asesinada…



Silver Kane

¿Habéis oído a la muerte?

Bolsilibros: Selección Terror - 40

ePub r1.0

Titivillus 09.02.15

Título original: *¿Habéis oído a la muerte?*
Silver Kane, 1973
Diseño de cubierta: Desilo

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

Lo juro. No puedo recordar cómo surgió aquella idea diabólica. No puedo precisar en qué circunstancia decidimos todos meternos en aquel infierno.

Lo único que puedo decir es que todo se inició aquella deliciosa noche de mayo en que los del grupo nos reunimos a cenar en Ginebra, organizando una especie de reunión en honor de Dale Went. Quizá usted se pregunte que por qué nos reunimos en torno a él, si no se había distinguido en nada, si no le habían ascendido en su trabajo ni había ganado ningún premio literario o artístico. Pues bien, se lo diré a usted: lo hicimos porque la semana anterior, su esposa, había sido salvajemente asesinada.

Ya veo la cara de asombro o de escepticismo que usted está poniendo. ¿Organizar una cena en honor de alguien cuya esposa acaba de ser brutalmente asesinada? ¿Es que acaso los asesinos éramos todos nosotros? ¿Es que queríamos encima festejar el éxito de nuestro crimen?

No, no… Le aseguro a usted que no. Nosotros somos un grupo de profesores universitarios que trabajamos en la industria más que dando clases. Es en la industria donde ganamos dinero para vivir decentemente, porque las clases nos las pagan muy mal. Peter trabaja en una casa de electroquímica, yo en unos laboratorios de análisis sobre fotografía y sonido, John en una gran empresa de transistores, Magda en una sociedad de economistas, Olga en una fábrica de proteínas artificiales y Ralph en unos grandes talleres de la Sud-Aviation. Durante ocho o nueve horas al día hacemos trabajos que no nos gustan, y por eso no hemos querido abandonar nuestras primeras aficiones. Todos seguimos investigando en las materias que nos agradan y periódicamente nos reunimos para cambiar impresiones. Generalmente lo hacemos en Ginebra, donde vive Dale Went; él es quien tiene más tiempo libre porque hace

análisis financieros por cuenta de un Banco. Le pagan bien y no está obligado a un cierto número de horas al día. Cuando nos reunimos (un fin de semana cada mes, viajando cada uno en su propio coche) nos acoge en su castillo de los Jura y nos trata magníficamente. Es él quien tiene más dinero y quien puede permitirse esos lujos.

En fin, ya sabe usted quiénes somos, pero no le he dicho aún concretamente cómo empezó todo. Una mañana, Magda me llamó a París desde su despacho de Montreux, en Suiza. Me preguntó si conocía la desgracia acaecida a Dale Went.

—No —musité—, pero por el tono de tu voz noto que tiene que ser algo grave.

¿Qué le ha pasado?

—A él nada. Le ha pasado a su mujer. Mejor dicho, a su hijo.

—¡Pero si no tiene hijos…!

—¡Qué mala memoria tienes, Sexton! Parece mentira que no recuerdes que la esposa de Dale estaba embarazada.

—Ah, sí… Lo había olvidado. Cada vez estoy peor de memoria, Magda. Esperaban el nacimiento dentro de cinco meses, ¿verdad?

—Sí, pero ya no lo esperan. Su esposa, a causa de una caída, ha abortado. Se encuentra bastante mal. Creo que deberíamos ir a verla.

Eso fue lo que me dijo Magda, la cual se encargó de telefonear también a los otros miembros del grupo. Pero a todos los hombres, aun sintiendo mucho lo que había sucedido, nos ocurrió lo mismo: ¿qué se le puede decir a una mujer que ha tenido un aborto accidental? ¿Qué nos podría contar ella? ¿No contribuiríamos a turbarla aún más? De modo que al final se decidió que fueran solamente Magda y Olga, ya que ellas, siendo también mujeres, sabrían consolarla mucho mejor. Las dos volvieron diciendo que la esposa de Dale se encontraba mejor, que no había que temer por su vida.

A miles de mujeres les pasa cada día eso en algún lugar del mundo: un accidente cualquiera les hace perder el hijo que llevan en sus entrañas. Durante una temporada están deshechas, pero luego se sobreponen. Es ley de vida. Por lo tanto no volvimos a acordamos más del asunto.

Sin embargo, las desgracias nunca vienen solas.

Cuando a usted le ocurra algo malo de verdad, échese a temblar.

Seguramente los malos tragos llegarán en cadena uno tras otro.

Pero lo de Dale Went fue excesivo. Lo de Dale Went sobrepasó todos los límites del horror.

Esta vez fue Olga la que me llamó desde su despacho de París.

—Sexton… ¿Te has enterado?

—¿Enterarme? ¿De qué?

—De lo de la esposa de Dale Went. No puedo explicártelo por teléfono ahora. Ven.

Yo tenía todos los malos espíritus metidos en el cuerpo. Todas las dudas, todos los malos presagios me atormentaban. Pero no podía sospechar algo tan espantoso como lo contenido en aquellas fotografías.

Olga me las dejó sobre la mesa.

—Las ha distribuido la agencia *France Presse* —me dijo con lágrimas en los ojos—. Un amigo periodista me las ha dejado porque sabe que yo conocía a la víctima. No quisiera enseñártelas, Sexton, pero no puedes ir a dar el pésame a Dale sin saber lo que ha pasado. Más vale que te enteres y… y… ¡Dios mío, todo esto es horrible! ¡Te juro que no puedo más…!

En efecto, había para no poder más, sobre todo tratándose de una muchacha con la sensibilidad de Olga. Las fotografías eran espantosas. A la pobre mujer la habían atacado con un hacha. No diré que estuviera descuartizada, pero poco le faltaba. Sólo personas de estómago fuerte podían ver aquello sin sentir que todo empezaba a dar vueltas en torno suyo.

Dejé las fotos sobre la mesa.

Me sentía aterrado.

¿Quién…? —musité—. ¿Y por qué…?

Sabía que mis preguntas eran inútiles, Olga me miraba con ojos desencajados.

—Dale estaba en una cacería cerca del castillo cuando sucedió —susurró la muchacha—. Habían sido vistos lobos por allí cerca y daban una batida. Cuando volvieron todos, la… la pobre mujer estaba así. Lo más terrible, lo más inquietante, era que nadie había entrado en el castillo. Nadie había podido llegar hasta el dormitorio, que aparecía materialmente empapado en sangre. Nadie la oyó gritar tampoco, a pesar de lo salvaje del crimen. Cualquiera diría que la mató un ser de otro mundo.

Me quedé petrificado.

Un ser de otro mundo…

No creo en eso.

He investigado ciencias ocultas con mis amigos, pero lo he hecho por distracción. Solamente creo en las fórmulas matemáticas y en las máquinas exactas. Por ello musité:

—¿Cómo se sabe que nadie pudo entrar? El castillo es enorme.

—Todos los criados vigilaban en puertas y ventanas.

—¿Por qué?

—Se habían producido robos últimamente. Algún ladrón misterioso entraba el último día de cada mes y se llevaba objetos artísticos. La cosa se había repetido ya tres veces. Y aquél era último día de mes.

Sentí frío en las venas.

Era estúpido, pero lo sentí.

Demasiadas coincidencias misteriosas, casi sobrenaturales, en una sola muerte.

Olga continuó:

—Eso de que no entró nadie es tan absolutamente seguro que la policía lo da como dato incontrovertible. Para el pobre Dale ha sido un golpe terrible, ¿sabes?, y no sólo espiritualmente. En el aspecto económico, esa muerte le hunde.

—¿Por qué?

—Eres muy despistado, Sexton. Parece mentira que preguntes eso. Dale Went se ganaba muy bien la vida, pero no lo bastante para vivir en un castillo, tener cuatro coches y mantener a once sirvientes. Todo eso era de su mujer. Ya sabes que se casó con la hija de uno de los banqueros más importantes de Suiza.

—Sí, claro que lo sé… pero lo que yo trato de decir es otra cosa. ¿No hereda él?

—No, puesto que no tienen hijos. Aquel aborto también fue una auténtica desgracia para Dale en el sentido económico. No teniendo descendencia, los que heredan son los padres de la mujer, que aún viven. Eso es lo que dicen las leyes suizas y lo que se hará.

—¿No había testamento?

—No.

Entonces Dale tendrá que abandonar el castillo…

—A la larga sí. Por eso te digo que es un desastre económico,

porque con los años la mujer hubiese heredado a sus padres y él hubiese heredado a su mujer. Pero ésta es una cuestión aparte. Ni siquiera sé por qué menciono el dinero en un asunto tan sórdido, tan misterioso y tan sobrenatural como éste. Lo que hemos de hacer es ir a ver a Dale Went y consolarle. Estará deshecho.

En efecto, lo estaba.

Es imposible decir en qué estado de ruina moral lo encontramos. Y no había para menos.

Pero le aseguro a usted que lo que yo tenía era miedo. No sé… Un miedo extraño que se me metía hasta los huesos. Cuando vi aquel castillo de nuevo me di cuenta de que era la mansión más siniestra con que me he encontrado jamás. ¿Cómo no lo había advertido hasta entonces? ¿Cómo no había llegado a comprender que ni en las mansiones de Drácula aparecen castillos semejantes?

Era una fortaleza del siglo XIV, con su puente levadizo y todo. Estaba en los montes Jura, en una zona desértica y llena de bosques silenciosos, aunque una buena carretera llevaba hasta allí. La mayoría de sus habitaciones se encontraban deshabitadas. Sus sótanos, sus buhardillas, sus pasillos silenciosos, las tumbas de su jardín… Todo aquello componía un mundo tan hermético, tan misterioso, tan sediento de niebla y de sangre que de repente me pareció descubrirlo como si lo viera por primera vez. Yo era incapaz de pasar una noche allí, lo juro, después de saber las terribles circunstancias en que la esposa de Dale había muerto.

Pero no pasé una noche, sino dos.

Entre todos intentamos consolar a nuestro amigo. Pero no encontrábamos palabras. Todos sabíamos que allí, entre nosotros, flotaba ya un fantasma. Eso, se lo aseguro a usted, fue el principio.

* * *

Pero quisiera hablarle de lo que descubrí en el castillo, algo que no había descubierto nunca. No imaginé tampoco que pudiera existir. Le diré cómo fue.

En primer lugar, yo soy un hombre joven que quiere fijarse en los detalles y que está decidido a averiguarlo todo. Por eso hablé con los meticulosos policías suizos y me convencí de que, tal como

estaban situados los criados la noche del crimen, nadie podía haber entrado en la casa. El espantoso crimen fue descubierto cuando Dale y unos cuantos guardas volvieron de la batida llevando los cuerpos de dos lobos.

No obstante revisé personalmente las puertas y ventanas.

Por las noches yo flotaba como una sombra a través de los largos pasillos solitarios.

Es extraño, pero había perdido el miedo.

¿Qué pasaba? ¿Es que había llegado a identificarme con aquellas sombras de Drácula? ¿Es que había en mí algo que ni yo conocía? ¿Me gustaba ver mi propio rostro en los espejos silenciosos? ¿Había llegado a sentirme bien en aquel mundo de misterio y de crimen?

Revisé, como digo, las puertas y ventanas, que me parecieron de una solidez a toda prueba. Pero durante la segunda noche descubrí el cuarto con los retratos de familia.

Había allí once o doce.

Estaban abandonados, llenos de polvo.

Daba la sensación de que nadie se había molestado en limpiarlos durante los últimos dos siglos.

Pero uno de ellos, literalmente, me aterrorizó. No sabría cómo describírselo a usted. Era… En fin, ¿usted recuerda las caracterizaciones de Drácula? Pues el hombre retratado allí era exactamente eso, y además vestía de la misma manera. Una capa negra le llegaba hasta los pies. Sus ojos quietos y profundos miraban hacia el espectador como si quisieran atravesarle. Su boca estaba torcida en una especie de mueca maligna, sarcástica, cruel, una mueca que impresionaba incluso desde los umbrales del otro mundo.

Pero no era eso lo que realmente helaba la sangre. Lo que nunca olvidaré fue… fue que por entre los pliegues de la capa asomaba el borde de un hacha. Era fascinadora y horrible a la vez.

Era un hacha como la que había descuartizado a la esposa de Dale, y que nadie supo encontrar.

A la mañana siguiente enseñé a mis amigos las fotografías que había estado haciendo. ¿Verdad que le he explicado a usted que trabajo en un laboratorio de análisis de fotografía y sonido? Pues bien, no le extrañará en tal caso que yo haga fotografías muy buenas. Tengo las máquinas más modernas y consigo cosas casi

perfectas. Durante aquellas dos noches en que me dediqué a vagar por el castillo, obtuve docenas y docenas de placas. Naturalmente, obtuve también varias del extraño y espectral retrato del hombre con el hacha.

El único que no vio las placas fue Dale Went.

Era natural.

En primer lugar, él ya debía conocer la existencia de aquel cuadro.

En segundo lugar, no podía atormentarle hablándole del horror que empezaba a germinar en mi cerebro.

Todos estuvieron de acuerdo conmigo.

En especial John.

John musitó:

—¿Tú crees que… que hay una maldición en ese castillo?

—Me temo que sí. Y he estado investigando un poco sobre él.

—¿Qué has averiguado?

—Hasta ahora —dije—, los Morson, la familia de la esposa de Dale, se habían casado siempre con parientes de la misma sangre. Fueron en eso inflexibles durante siglos. Existe una vieja leyenda según la cual la Morson que se casara con uno extraño a su propia sangre vería morir su descendencia y luego bajaría ella misma a los infiernos.

Noté que todos mis amigos se estremecían.

Pero era verdad.

Yo había encontrado esa leyenda en uno de los viejos volúmenes que se guardaban en la biblioteca del castillo.

Ralph bisbiseó:

—¿Pero tú crees que…?

—Yo no creo nada. Yo sólo sé que Lena Morson, la esposa de Dale, fue la única de su linaje que se casó con un extraño. Y por lo tanto…

—… Por lo tanto ha perdido a su descendencia y ha bajado luego a los infiernos —dijo la voz de Magda como un eco.

Todos nos miramos.

Todos teníamos en nuestros ojos la misma expresión de horror.

Era algo que no tenía sentido, algo que nos avergonzaba, porque nosotros somos científicos. Pero le juro a usted que no podíamos evitarlo.

Al fin yo mismo musité:

—Sería espantoso que Dale Went pensara lo que todos estamos pensando. Que hay una intervención sobrenatural en lo de la muerte de su mujer, precedida por la pérdida del hijo. Estoy seguro de que se volvería loco.

—Pues lo más fácil es que lo piense, porque él debe conocer la existencia del retrato y de la leyenda —dijo Magda—. ¿Qué podemos hacer?

—En primer lugar no dejarle solo —opiné—. Si se encuentra solo en el castillo empezará a desvariar. Hemos de acompañarle constantemente.

—¿Pero cómo…?

—Os propongo un plan —dije—. Todos nosotros tenemos derecho a vacaciones en las empresas donde trabajamos, y aunque es costumbre pedirlas en verano también podemos hacer que nos las concedan en este mes de mayo. Durante tres semanas podríamos rodear todos a Dale, no dejarle solo ni un momento. Luego él mismo se sentirá mejor. ¿Qué os parece?

Todos opinamos que era una obra de caridad. Que debíamos hacer eso por un amigo. Y además, ¿por qué negarlo?, todos nos sentíamos obsesionados por el misterio. Todos queríamos ver en qué acababa aquello. Todos queríamos saber…

Y decidimos volver a nuestros trabajos, pero combinándolo todo de manera que pudiésemos reunimos al viernes siguiente en Ginebra, dispuestos a acompañar a Dale Went. En efecto, al viernes siguiente estábamos allí. Decidimos que había que sacar a Dale de aquel ambiente depresivo, casi siniestro del castillo, y traerle hacia los círculos en que la gente vive normalmente. Por eso le invitamos a la cena. Es la cena de la que le he hablado a usted al principio.

Y allí fue donde realmente empezó todo. Allí fue donde uno de nosotros decidió que bajaría hasta el infierno.

CAPÍTULO II

No sé si usted conoce Ginebra. En todo caso ya debe saber que es una ciudad aristocrática, limpia, por donde tarde o temprano desfilan todos los millonarios y todos los espías del mundo. Es también una ciudad ordenada, ligeramente aburrida, donde todo está siempre en orden y donde la gente bosteza solamente en las horas convenidas. La ciudad de los relojes, la ciudad de la puntualidad, la ciudad de las cuentas corrientes numeradas, la ciudad de las mujeres que no le miran a uno.

Sin embargo, los restaurantes son alegres, y como allí la gente tiene dinero todo el año, suele llenarlos profusamente. Nosotros fuimos al Pied du Cochon, que está muy cerca de la vieja catedral calvinista y de la jefatura de policía. Todo aquel barrio histórico, silencioso, nos rodeaba con su misterio. Conseguimos que nos dieran una mesa apartada y donde se pudiera hablar con tranquilidad. Hicimos una cena a base de pescado y huevos (la carne no nos apetecía después de lo que habíamos visto) y la regamos abundantemente con vinos de Borgoña para animarnos. Fue luego cuando decidí poner las cartas boca arriba. Mostré a Dale las fotos.

Había casi tres docenas de ellas. Todas eran perfectas.

Los rincones del castillo aparecían con tanta nitidez como si uno mismo los estuviera viendo en aquel momento.

Pero sobre todo aparecía con terrorífica claridad el retrato del hombre del hacha.

Dale no se sobresaltó.

Noté por eso mismo que conocía al personaje muy bien.

—¿Es que te has dedicado a recorrer el castillo? —me preguntó.

—Perdóname, puesto que ya sé que no tenía ningún derecho. Pero he querido tratar de averiguar si había algún detalle que la policía no hubiera visto.

Dale negó con la cabeza.

—La policía lo ha visto todo —susurró—. Pocas personas son tan meticulosas como los inspectores suizos. Pero si te refieres a ese retrato, yo lo conocía ya muy bien.

—¿Quién es?

—La misma plaquita al pie del retrato lo dice: «Emmanuel Morson. 1880…». Me estremecí.

Sentí entonces el miedo llegando hasta el fondo de mis huesos.

¿Cómo no me había dado cuenta de aquel detalle? ¿Cómo no había visto que en la plaquita figuraba la fecha del nacimiento pero no la de la muerte?

—Dale —musité—. Dale Went, viejo compañero… Tú conoces bien la historia de la familia con la cual emparentaste. ¿Es que ese hombre no ha muerto aún?

Hizo un gesto que no significaba nada. Su mirada estaba perdida en el vacío.

—El cálculo es fácil —dijo—. Desde 1880 hasta 1973 hay 93 años justos. Una persona puede tener 93 años y conservar una relativa fuerza física e incluso una gran capacidad de trabajo. Pero no podría levantar jamás un hacha de casi veinte kilos de peso, matando con ella a una joven y apta para defenderse. No, no pudo ser él. Además…

—… ¿Además, qué?

—Emmanuel Morson desapareció durante la Primera Guerra Mundial —añadió Dale con voz opaca—. Durante lo que la gente llama la Gran Guerra. Tenía sentimientos francófilos y se alistó como voluntario en París. Lo enviaron a luchar a Rumanía.

—¿Allí murió?

—Se supone que sí. Desde 1914 hasta ahora han pasado casi sesenta años. Legalmente está muerto.

—¿Pero pudo acabar con sus huesos en… en un castillo de Transilvania?

—Sí, claro.

—¿En un castillo de Drácula?

—¿Por qué preguntas eso?

Me estremecí.

—No sé… —dije—. Perdóname, Dale.

—No te preocupes por eso. Al fin y al cabo estás pensando lo

mismo que yo.

—Por favor, Dale… Nos hemos reunido aquí para evitar que te volvieras loco y vamos a acabar locos todos. ¿Cómo se puede creer que ese hombre haya vuelto, convertido en una especie de vampiro, para cometer su monstruoso crimen? Tu mujer era su sobrina-nieta, ¿no? ¿Cómo se puede pensar eso? Y además, ¿por qué se hizo retratar así?

—Era un maníaco —dijo Dale.

—¿Un maníaco de qué clase?

—Dormía con el hacha. Decía siempre que los malos espíritus le rodeaban y que necesitaba defenderse de ellos.

Tragué saliva.

—Dale… Vamos a ser sinceros —dije—. No me gusta hablar mal de tu familia política, pero ahora es necesario. Me extraña que el tal Emmanuel Morson sintiera tanta simpatía por Francia que se jugara la piel bajo la bandera tricolor. Si se alistó, ¿no fue tal vez para ocultar algún crimen? ¿Se sospecha que había matado a alguien? ¿No le convendría tal vez desaparecer de su país durante una temporada?

La mirada de Dale Went era la mirada de un hombre perdido. No había en ella ni una chispita de luz. Apretó con las manos el borde de la mesa mientras susurraba:

—Se dice que mató a una de las criadas, con la que iba a tener un hijo, pero eso no deja de ser una oscura historia. De eso no se sabe con certeza nada.

Me estremecí de nuevo.

—Dale… ¿te das cuenta?

—¿Cuenta de qué?

—De que tu mujer también murió cuando iba a tener un hijo…

—¿Pero qué estás diciendo…?

—Por favor, Dale, contéstame… ¿Hay algún retrato de aquella criada muerta? ¿Tu mujer podía parecerse a ella de algún modo? ¡Contéstame…!

Dale Went no me contestó.

Por el contrario clavó en mí unos ojos iracundos.

No se dio cuenta de que había volcado un vaso de vino. Con voz entrecortada masculló:

—Te prohíbo que digas esas tonterías… Te lo prohíbo,

¿comprendes? ¡No quiero volverme loco…! ¡No quiero creer en nada sobrenatural! ¡No os lo consiento a ninguno de vosotros!

Yo creo que nos miraba con odio en aquellos momentos. Yo creo que nos aborrecía por habernos metido como unos intrusos en el fondo de su dolor. Habíamos querido calmarle y resultaba que le estábamos destrozando los nervios aún más. Por un momento pareció como si fuera a irse, levantándose violentamente de la mesa.

Fue Magda la que le calmó.

Magda, con su gran serenidad, infundía en todos nosotros un cierto sentimiento de equilibrio y dulzura.

—No hemos querido ofenderte, Dale —musitó—. Sexton quiere ayudarte a descubrir la verdad. Ya sé que lo que ha dicho es una tontería, pero con buena intención. No pienses más en ello.

Dale se derrumbó en su asiento.

Y entonces dijo aquello, lo más sorprendente de todo. Dijo lo que menos esperaba oír en este mundo:

—No es una tontería —musitó—. Lo que ha dicho Sexton no es una tontería.

—¿Es que… es que has pensado lo mismo?

—Sí.

Nos dimos cuenta de que estaba aterrorizado, pero al mismo tiempo decidido a todo. Nos dimos cuenta de que el germen de la locura ya había penetrado para siempre en sus pensamientos.

Apretando los puños masculló:

—Lo acorralaré. Terminaré con él.

—¿Pero qué dices, Dale? ¿Cómo puedes pensar en acorralar a un fantasma?

—Sé que aún tiene que estar allí.

—¿En el castillo?

—Sí. Y yo lo descubriré.

Todos le mirábamos aterrorizados y en especial las dos muchachas. Nos dimos cuenta de que acababa de penetrar en las sendas de la locura, esas sendas de las que ya no se sale nunca. Fue Olga la que musitó, intentando dar a su voz un tono natural:

—¿Qué piensas hacer, Dale?

—Mis suegros ya no vivían en el castillo, de modo que sólo quedábamos la servidumbre y yo. Y a la servidumbre la he

despedido.
—¿Es que… vas a quedarte solo?
—Sí.
—Dale… ¡Es absurdo!
Me miró febrilmente.
—¿Absurdo? ¿Por qué?
—¿Te das cuenta? ¡Quedarte solo en el sitio donde han asesinado a tu mujer! ¡En aquel castillo inmenso…!
—¿Crees que tengo miedo?
—Acabarás viendo fantasmas, Dale.
—Si los veo será porque existen.
—¿Pero no te das cuenta? —Intentó disuadirle Olga—. En el supuesto de que ese asesino viviera, podría entrar y salir por las ventanas cuando le conviniese.
Tú no podrías vigilarlas todas.
—Ya he tomado mis medidas —dijo secamente.
—¿Qué medidas?
—Las he hecho tapiar.
Nos estremecimos. Todos sentimos a la vez aquella corriente de aire helado en los huesos.
—He convertido el castillo en un bunker —dijo—. Todas las ventanas han sido convertidas en paredes maestras. Las puertas también. Sólo quedará una por la que entraré. Pero no volveré a salir por ella hasta que tenga el cadáver del asesino.
Hablaba como un obsesionado, como un loco. Ralph inclinó la cabeza para decir:
—¿Quién vigilará esa única puerta?
—Contrataré guardias. Estarán delante día y noche.
—¿Quieres decir que si ese fantasma está en el castillo os encontraréis solos tú y él?
—Sí. Y no podrá escapar.
—O no podrás escapar tú, Dale.
—Es igual. Correré ese riesgo.
Apreté los labios. Fui yo quien propuse la idea, porque comprendí que teníamos que ayudar a nuestro amigo, pero antes le planteé los inconvenientes materiales, ya que de los inconvenientes morales no iba a hacer ningún caso.
—Si vas a estar allí bastante tiempo necesitarás alimentos —dije.

—Eso es fácil de resolver. Puedo acumular allí todo lo que necesite para vivir aislado hasta un par de meses.

—¿Y si te pones enfermo?

—También llevaré conmigo las medicinas más corrientes.

—Dale, necesitarás a alguien que vigile la única puerta.

—He contratado vigilantes. Nadie podrá entrar ni salir.

—Pero lo que tú piensas hacer es… es…

—¿Ilegal? —preguntó él con sorna—. ¿Es que a alguien se le puede prohibir encerrarse a cal y canto en su propia casa?

—Por supuesto que no. Sin embargo…

Me di cuenta al fin de que no podría convencerle con ninguna clase de argumentos y dijo:

—En ese caso no contrates a ningún guardián, Dale. Deja que la vigilancia la hagamos nosotros.

Me miró sorprendido, parpadeante.

—¿Vosotros? —musitó.

—Sí. Dos de nosotros pueden estar constantemente ante la puerta, mientras los otros descansan en Ginebra. Como es lógico, nos iríamos turnando. Para más seguridad, para estar absolutamente convencidos de que nadie puede entrar por esa puerta, la podemos hacer tapiar también. Pero estaríamos siempre en contacto contigo por medio de un hilo telefónico y una cinta que permitiera grabar todas nuestras conversaciones. Sólo así podríamos estar seguros de que no te ocurre nada y de intervenir cuando necesitases ayuda.

Los ojos de Dale Went brillaron un momento con cierto interés. Creo que la idea le gustó. Todas sus ansias de venganza —unas ansias que sólo podían llevarle a la locura— se concretaron en aquella mirada con la cual nos envolvió a todos. Movió afirmativamente la cabeza dos veces.

—Es una buena idea —dijo—. Yo puedo estar protegido y al mismo tiempo tener la seguridad de que el fantasma no escapa.

—¿Pero te das cuenta? —musité haciendo un último esfuerzo—. ¡Tratas de perseguir a un vampiro, a un ser que no existe! ¡Una semana en aquella soledad acabará por volverte loco!

No quiso ni contestarnos.

John, con voz de hombre que está cargado de buena voluntad, susurró:

—Hagamos un trato. No hay necesidad de que en el castillo vivas precisamente tú. Cualquiera de nosotros, excepto las chicas, pueden hacerlo. Propongo que lo echemos a suerte.

Es lo que le he contado antes a usted, al principio de este relato: uno de nosotros tenía que meterse en aquel infierno, tenía que hundirse en él.

Dale Went negó con la cabeza tenazmente.

—Ése es asunto mío —dijo—. Soy yo el único que puede acabar con Emmanuel Morson. Si os limitáis a vigilar la puerta y a estar en contacto telefónico conmigo, ya es bastante. No creáis que va a ser tan fácil, puesto que la aventura puede durar dos meses.

—O una semana —dije—. Al cabo de una semana puedes haberte convertido en un loco de atar.

No nos contestó.

Todos nos miramos y comprendimos con cierto horror que era inútil tratar de disuadirle. Dale se había convertido en un obsesionado. Sólo nos restaba, como amigos suyos, tratar de ayudarle en todo lo posible.

Y así se decidió aquella noche junto a la catedral de Ginebra.

Claro que ninguno de nosotros sospechaba la increíble cadena de crímenes que entonces iba a empezar. Ninguno de nosotros sabía que la sangre caería sobre nuestras cabezas gota a gota. Los que estábamos en aquella mesa no imaginábamos hasta qué punto se abrirían para nosotros las puertas del horror. No, eso no podíamos saberlo en aquel instante.

Nos hubiésemos puesto a chillar.

CAPÍTULO III

Debo empezar diciéndole que hicimos las cosas bien. Las hicimos a conciencia. En primer lugar nos aseguramos de que el tapiado de las ventanas era perfecto, de modo que nadie pudiera entrar ni salir. Las puertas también habían sido convertidas en paredes maestras por las que no se filtraría ni un espíritu. Las chimeneas eran tan estrechas que por ellas no hubiera podido pasar el cuerpo de un niño. Una vez tapiada la última puerta, Dale Went quedaría allí más aislado que si se hubiera metido en su propia tumba.

Nos aseguramos también de que tuviera un buen stock de alimentos y medicinas y de que no se cortara en ningún momento el aprovisionamiento de agua. En cuanto al aire necesario, el castillo era tan enorme que no se agotaría jamás el oxígeno. Por otra parte, la ventilación a través de las numerosas chimeneas resultaba más que suficiente.

Nos ocupamos también de tender una línea telefónica perfectamente segura, además de otra de reserva por si algo ocurría. La sensibilidad de la línea nos permitiría grabar en cinta todas las conversaciones sostenidas con Dale y hacerlas examinar por un psicólogo experto por si éste creía necesario intervenir.

Por último, revisamos el castillo.

Creo que no dejamos ni un palmo cuadrado por remover.

Y llegamos a la conclusión de que allí no había absolutamente nadie.

Pero, para más seguridad, sugerimos a Dale que durmiese en los sótanos. Aquellos sótanos no tenían más que una puerta, de modo que manteniéndola cerrada era absolutamente imposible que atacaran a Dale Went cuando éste durmiese. Ninguna de las otras habitaciones reunía tales características de hermetismo y de solidez. Instalamos allí, por consiguiente, el terminal de la línea telefónica

(aunque había otros secundarios en diversas habitaciones, para que pudiera llamarnos desde cualquier sitio), así como los complicados aparatos de sonido que grabarían todas nuestras conversaciones. Los sótanos, una verdadera gruta antiquísima, abierta en la roca, reunían condiciones acústicas excelentes. Lo único malo era la humedad. El agua se filtraba por todas partes.

—Puesto que me quedaré aquí solo para dormir, no tengo miedo a pillar un reuma —dijo Dale Went—. De todos modos, si veo que esto me sienta mal, me cambiaré de sitio. Estoy de acuerdo con vosotros en que éste es el más seguro de la casa.

¿Empezaba tal vez a tener miedo? ¿Se daba cuenta en principio de la horrible clase de encerrona en que se estaba metiendo?

No lo sé. El caso fue que, cuando la puerta, la última puerta, quedó tapiada, todos tuvimos la sensación de que habíamos enterrado en vida a nuestro amigo.

De que no volveríamos a verlo más.

Aquellas primeras veinticuatro horas me quedé de guardia yo, en compañía de John. Y puedo asegurarle que más de una docena de veces me pareció verlo: estaba completamente seguro de que la sombra de Emmanuel Morson, el hombre del hacha, flotaba en torno a los tejados del castillo, bajo la luna de los Jura.

* * *

Durante tres noches no pasó nada, pero después de aquella tercera noche el horror empezó. Nos habíamos comunicado con Dale más o menos cada hora, hasta que él dijo que nuestras llamadas le ponían nervioso y le obligaban a ir para atenderlas de un lado a otro del castillo. Acordamos entonces, que nos haría una especie de reportaje de sus impresiones cada seis horas, y que nosotros le comunicásemos nuestras instrucciones dos horas después. De ese modo estábamos en comunicación con él sin necesidad de irle llamando de forma intempestiva.

Todo lo que él nos decía lo grabábamos en cinta y luego lo estudiábamos. A continuación sosteníamos una conversación con él, dándole algunos consejos por si quería seguirlos. Un psicólogo y un médico nos asesoraban.

En realidad todo aquello era un experimento científico de gran interés. Supongo que incluso pudimos haber sacado algún dinero vendiendo la exclusiva. Pero ni el dinero nos interesaba ni aquello tenía, por decirlo así, una base real.

No se puede vender un reportaje diciendo que un hombre muy conocido en Suiza, un millonario, se ha encerrado en un castillo para buscar al fantasma que asesinó a su mujer. De todos modos la Prensa se hubiera lanzado en masa tras esa noticia, pero logramos mantenerla en secreto de un modo total.

He de reconocer, además, que las conversaciones con Dale Went no tuvieron ningún interés. Se limitaba a explicarnos las horas en que dormía, los paseos que daba, las investigaciones que hacía y el régimen de comidas a que estaba sometido. También anotábamos una serie de datos rutinarios sobre su temperatura y su tensión sanguínea, que se tomaba él mismo. Al parecer, su estado de salud era excelente, pero no encontraba nada. El castillo estaba tan deshabitado como lo que era: como la tumba del hombre que se había encerrado allí.

Empezamos a creer lo que debimos haber creído seriamente desde el principio: que todo aquello era una condenada locura. Además resultaba ridículo. Que unas personas serias como nosotros se hubieran sometido a aquel juego, no tenía pies ni cabeza.

Y sin embargo…

Pero la historia de John es otra historia. La historia de John merece ser contada con cierto detalle, puesto que fue la primera mancha de sangre que cayó sobre nuestra cabeza.

CAPÍTULO IV

Me parece haberle dicho a usted al principio de este relato que John trabajaba en una gran empresa de transistores. Era muy apreciado y se ganaba bien la vida, razón por la cual pudo permitirse un lujo nada desdeñable mientras vivimos en Ginebra: alojarse en el hotel President, que es uno de los más caros de la ciudad.

Pero allí sólo dormía, pues las comidas las hacía generalmente en el barrio viejo. John amaba las calles solitarias, las esquinas silenciosas, los tejados bañados por la luz de la luna. Y fue en una de esas calles solitarias donde tuvo por primera vez la sensación de que iba a morir. Fue en una de esas encrucijadas donde notó por primera vez la presencia del diablo.

Al principio fue una cosa estúpida.

Fue aquella sombra.

Aparentemente se trataba de un paseante que seguía el mismo camino que él, a pocos pasos de distancia. ¿Pero qué le recordaba aquella sombra? ¿Por qué tuvo la sensación de que la había visto antes? ¿Qué fue lo que le hizo temblar de tal modo?

John lo comprendió enseguida.

La capa.

Aquella capa la había visto en la foto que yo les mostré. Es decir, el hombre que le seguía iba vestido exactamente igual que Emmanuel Morson. ¿Pero no se trataría de una jugarreta de su imaginación? ¿No estaría viendo visiones, después de lo que habíamos hablado aquella noche?

He de aclarar que John no es un cobarde, ni mucho menos. He de aclarar también que un hombre vestido con una capa hasta los pies podría llamar la atención en muchos sitios, pero no en el barrio viejo de Ginebra, donde podrían tomarle por un turista un poco raro. Y si sabe ocultarse un poco bien, es posible que nadie le vea

por unas calles donde pocas personas circulan a partir de las diez de la noche.

Pero John le vio. John se dio cuenta de que aquella sombra le seguía y fue eso lo que le puso nervioso. Tuvo entonces por primera vez la extraña sensación de que se enfrentaba a algo sobrenatural, algo que le conduciría a los linderos de la muerte.

Tuvo miedo.

Si aún no sabía lo que era aquel estremecimiento helado que le llenaba la espalda, entonces lo supo.

Caminó más deprisa. La sombra le siguió.

John oía sobre las calzadas húmedas el ruido de sus propios pasos, un ruido que le perseguía como una pesadilla porque a escasa distancia sonaban los pasos del otro. Cinco minutos después de haber visto la sombra por primera vez, John ya no tuvo la menor duda de que le seguían. Fue entonces cuando intentó salir del barrio viejo.

Por Ginebra circulan bastantes coches de la policía, pero en cambio no hay agentes por las empinadas calles del barrio de la catedral. John comprendió entonces que sólo podía hacer dos cosas: o intentar salir de allí y buscar calles más concurridas o dirigirse a la central de la policía, que se encontraba a unos trescientos metros de distancia.

Eligió esa última posibilidad.

Quería que el misterioso hombre de la capa fuera detenido.

Quería conocer la verdad, por extraña u horrible que esa verdad fuese.

Mientras se dirigía a la estación de policía dejó de oír los pasos.

Tuvo la tranquilizadora sensación de que el misterioso personaje había dejado de seguirle. Suspiró con alivio mientras ascendía unas empinadas escaleras que llevan a la parte posterior de la catedral.

Cuando llegó arriba estaba casi jadeando.

Pero se había librado de su sensación de pesadilla. Por fin podía sentirse tranquilo. Nadie le seguía.

Miró hacia atrás.

Las escaleras brillaban silenciosas, charoladas por la lluvia muy fina. No había nadie tras él. No se oía nada: ni el rumor de un coche, ni una voz, ni el susurro de un soplo de viento.

Volvió a suspirar con alivio.

Fue a subir los últimos peldaños.

Miró hacia arriba.

Y fue entonces cuando lo vio. Fue entonces cuando se dio cuenta de que la silueta negra estaba allí, a unos palmos por encima de su cabeza.

Llevaba un sombrero negro además de la capa.

Reía siniestramente.

Su risa era un sonido lento, amargo, corrosivo, que se extendía como una maldición por el silencio de la callejuela.

Pero no era sólo eso.

Además aquella figura tenía una cara.

¡Una cara que John conocía bien!

¡La había visto antes!

Intentó moverse, pero las piernas le fallaron. Parecía como si tuviera las suelas de los zapatos clavadas en los peldaños. Su boca se abrió dos veces espasmódicamente sin que pudiese brotar de ella sonido alguno.

Y entonces vio moverse los pliegues de la capa.

Advirtió entre sus bordes… ¡el brillo del hacha!

Pero no fue eso lo que más aterrorizó a John. Cosa extraña, él seguía obsesionado por aquella cara, seguía mirándola fijamente. Sus ojos seguían clavados en aquellos otros ojos que parecían mirarle desde más allá del otro mundo.

Apenas pudo balbucir:

—Noooo… No fui yo…

Porque de pronto había adivinado la horrible verdad.

Una verdad siniestra, repulsiva, que yo no sabría hasta al cabo de mucho tiempo.

Fue una de esas verdades que entran como un chispazo en el cerebro porque de otro modo no podrían entrar jamás.

La horrible intuición dejó helado a John. Lo dejó aún más clavado a aquellos peldaños donde había de encontrar la muerte. Con voz que era un soplo llegó apenas a balbucir:

—Lena…

El nombre de Lena Morson, el de la esposa de Dale, fue el último que pronunció.

Luego apenas pudo decir:

—Yo juro que…

Nada más.

Fue como un rayo de luz.

Aquella luz siniestra penetró hasta el fondo de sus ojos; le hendía el cerebro.

Nada más.

Pero la cabeza había quedado arriba, en lo alto de las escaleras, mientras el resto del cuerpo rodaba escaleras abajo en una especie de mascarada de sangre. La risa siniestra aún quedó flotando en el aire mientras John se desplomaba.

Mientras se hundía en aquel pozo del horror donde, sin saberlo, estábamos metidos todos nosotros.

Donde nos íbamos a ahogar en nuestro propio miedo, en nuestra propia sangre.

CAPÍTULO V

Yo me enteré de la horrible muerte de John unas horas después, mientras estaba de guardia ante el castillo. Fue Magda la que me lo dijo.

Quizá usted se pregunte cómo vivíamos los que estábamos ante el siniestro edificio durante nuestras guardias. Se lo voy a decir porque me gustaría que conociera todos los detalles, sin los cuales quizá no llegue a penetrar en esta historia. Vivíamos en una *roulotte* perfectamente acondicionada y en la que estaban concentrados los servicios telefónicos y los del magnetófono. También teníamos picos muy sólidos para derribar los ladrillos de cualquiera de las ventanas en el caso de que Dale pidiera auxilio desde dentro. Un coche muy potente podía hacer que la *roulotte* fuese trasladada en cuestión de minutos a la población más cercana. Mientras tanto, por si Dale necesitaba asistencia médica, disponíamos de toda clase de inyecciones de urgencia, de una bombona de oxígeno, de una botella de plasma y de varios antiespasmódicos. No podía decirse que Dale Went, a pesar de haberse encerrado en una tumba, estuviera completamente aislado del mundo.

Pues bien, a esa *roulotte* se acercó Magda. Tenía las facciones completamente desencajadas y a la luz lívida del amanecer parecía una mujer distinta. Inmediatamente me di cuenta de que le ocurría algo muy grave. Salí para recogerla en mis brazos.

Temblaba como un pajarillo.

Con voz insegura balbució:

—Sexton… Han matado a John.

Y ante mi mueca de incredulidad me explicó detalles. La policía no tenía menor duda de que había sido decapitado con un golpe de hacha. Habían encontrado el tronco al menos a diez metros de la cabeza. Todas las escaleras donde había sido asesinado chorreaban de sangre.

Era una escena espantosa.

A cualquiera le hubiese impresionado aquel relato. Quedé petrificado.

Pero no fue la muerte lo que más heló la sangre en mis venas.

Fue el detalle del hacha.

Bruscamente todo aquel viejo horror del que no había querido acordarme volvió a mí. Bruscamente me di cuenta de que estaba otra vez ante la presencia irreal de Emmanuel Morson. Aquella sombra maléfica que había acabado con Lena, la esposa de Dale Went, flotaba de nuevo entre nosotros.

Magda bisbiseó:

—La policía está investigando desde hace unas horas. A John lo han matado aproximadamente a medianoche, pero yo no he conocido la noticia hasta hace muy poco. Han avisado al hotel President y desde allí me han avisado a mí porque conocían mi dirección. Aún no les he dicho nada a los otros.

Sentí un estremecimiento.

Todo daba vueltas en torno mío.

De una forma maquinal sujeté a la muchacha por un brazo y la hice entrar en la *roulotte*. Se sentó descuidadamente, sin mirarme. Me di cuenta de que estábamos solos, me di cuenta de que estábamos en una especie de habitación donde podíamos amarnos, y recordé lo mucho que siempre me había gustado Magda. Pero inmediatamente esos pensamientos se alejaron de mi cerebro. Me di cuenta de que estaba metido en un pozo de horror y de que no lograría salir de él. Eso fue todo.

Curiosamente, Magda demostró, tener más serenidad que yo. Las mujeres le dan a uno a veces esas sorpresas. Inmediatamente puso las cosas en el terreno práctico.

—¿Se lo decimos a Dale? —musitó.

—No creo que gane nada con saberlo.

—Pero hay una cosa evidente, Sexton… Compréndelo. Él busca al asesino ahí dentro, y el asesino está fuera. Todos perdemos lastimosamente el tiempo. Me cuesta creer en un fantasma; en una especie de vampiro del siglo pasado, pero si existe no se encuentra en ese castillo, sino en algún lugar de Ginebra. Creo que hay que decírselo a Dale para que salga de ahí.

Hice un movimiento afirmativo.

Comprendí que en parte la chica tenía razón.

Pero resultaba muy difícil decirle eso a Dale sin dejarle completamente hundido. Por eso murmuré que lo pensaría.

—¿Cuál es el estado de espíritu de Dale? —susurró Magda.

—Por ahora bastante bueno. Yo diría que se aburre y que empieza a arrepentirse de esta aventura. Justamente a las doce, cuando era asesinado John, me ha pasado la última comunicación. Espera.

Puse la cinta grabada.

Los dos escuchamos.

Se oía clarísimamente la voz de Dale Went. Se oía clarísimamente también hasta el menor roce de su cuerpo al descalzarse. Ya he dicho que los aparatos eran de extraordinaria perfección. Con entonación monótona, Dale iba dando cuenta de su situación física: temperatura, tensión arterial, régimen de comidas, horas de sueño… También habló de su estado de espíritu: aburrimiento. Dijo que revisaba sin descanso el castillo y que no había encontrado absolutamente nada.

Ni una huella, ni un roce, ni una mota de polvo fuera de su sitio habitual.

La cinta magnetofónica llegó a su fin.

Magda susurró:

—¿Eso es todo?

—No. A las dos he tenido la conversación normal con él.

—¿Está grabada?

—Claro…

—Pásala.

Situé la cinta en que se hallaba contenida y la oímos los dos. Era una conversación bastante rutinaria. Como si yo hubiese adivinado algo, instaba a Dale para que abandonase su estúpida aventura, pero él contestaba que permanecería allí hasta que encontrase pistas. Por fin me pedía algunos datos sobre el mundo exterior, desde la política a las cotizaciones de Bolsa. Cualquiera se hubiese podido dar cuenta de que hacía aquello para tranquilizar sus nervios. Luego la comunicación quedaba cortada.

—Todos los días ocurre lo mismo —dije—. No es ninguna novedad. Pregunta cosas rutinarias para no perder contacto con el mundo exterior y no volverse loco.

—De todos modos tiene ahí dentro un aparato de televisión, ¿no?

—Desde luego.

—¿Y funciona bien?

—Siempre ha dicho que sí. Eso quiere decir que está enterado de todo lo que ocurre, pero necesita que le confirmen algunas noticias. De todos modos insisto en que lo hace preferentemente para tener un contacto humano con alguien. Necesita estar seguro de que el mundo exterior todavía existe.

Miré entonces mi reloj.

—Es la hora de que nos pase el próximo informe —dije—. Podemos escucharlo mientras se graba.

Puse en funcionamiento el aparato, y el hilo telefónico me envió el sonido de la cinta grabada en el interior del castillo. Mientras la escuchaba, la iba grabando a la vez en mi máquina. De ese modo Dale no tenía necesidad de sacarnos las cintas por ningún sitio. Él grababa dentro, y a horas convenidas se establecía la comunicación y nosotros grabábamos fuera.

El informe también era rutinario. La voz de Dale Went reflejaba cansancio. Nos dio cuenta de su situación física y nos dijo que empezaba a obsesionarse viendo los cuadros que adornaban las paredes del castillo. Ése era un síntoma peligroso y que me dio mucho que pensar.

Dale se extendió un poco más que otras veces, describiendo con detalle cómo estaba pasando la noche. Por lo visto había sufrido insomnios. ¡Y eso que aún no tenía ni idea de la muerte de John!

La comunicación quedó cortada.

Eran las seis de la mañana.

A las ocho yo podía llamar a Dale, como estaba convenido, pero preferí hacerlo en aquel momento. Bruscamente pensé que él debía conocer la horrible noticia. Si había algún modo de hacerle salir de su siniestro encierro, era convenciéndole de que jamás encontraría al asesino entre los muros del castillo de Morson.

Puse en funcionamiento el vibrador que sustituía al timbre telefónico clásico. A partir de ese momento, todos los aparatos instalados en el interior del castillo se pusieron a zumbar mientras una lucecita roja se encendía y apagaba en cada uno de ellos. Era imposible que Dale no lo advirtiese.

Me contestó al cabo de unos instantes.

—¿Qué pasa, Sexton? Estás tú de guardia, ¿no? ¿Es que ha ocurrido algo?

Preferí decir la verdad. Barboté:

—Han matado a John.

—¿Cómo?

—Lo han decapitado.

Y me puse a hablar estilo ametralladora, como si deseara quitarme de encima la horrible presión a que estaba sometido. No escatimé detalles. Todo lo que me había contado Magda se lo conté yo a Dale Went.

Éste me dejó hablar.

No necesitaba verle la cara.

Me di cuenta de que estaba consternado. Al fin añadí:

—Por lo tanto estás perdiendo el tiempo, Dale. Jamás encontrarás ahí al que mató a tu mujer. El que mató a tu mujer está fuera.

Hubo un denso, un angustioso silencio.

Al fin la voz de Dale sonó como si llegara de otro planeta:

—Está dentro y está fuera, Sexton. Está en todas partes.

—Dale… ¡tú te estás volviendo loco…!

—No necesito vuestros malditos consejos. No quiero que me volváis a hablar. Sabré componérmelas solo.

—Oye bien, Dale. Es indispensable que salgas de aquí. Lo has comprendido bien, ¿no? ¡Es indispensable!

Tardó en contestarme, pero al fin lo hizo con voz normal. Igual que si ahora se diese cuenta de lo absurdo de la situación musitó:

—¿Pero por qué pueden haber matado a John? ¿Qué culpa tenía él de nada?

—No tenía ninguna culpa, claro… a menos que supiera algo que no nos dijo.

Algo que significara un peligro para el asesino de tu mujer.

—Eso es absurdo. ¿Qué podía saber?

—Lo ignoramos por completo. Pero tal vez Lena le hubiese contado algo que no nos contó a nosotros. John era de esos hombres simpáticos y que inspiraban confianza.

—De acuerdo, pero él vio a Lena del mismo modo que los demás amigos. Sólo cuando nos reuníamos en el castillo para hablar del

resultado de nuestros experimentos. Me parece absurdo que le contase nada, e incluso pienso que Lena no tenía nada que contar.

Eran unas palabras muy razonables.

Pero de todos modos insistí casi con un grito:

—¡Dale, sal de ahí! ¡Tienes que hacerlo! ¡Sal…!

No quiso contestarme.

Colgó bruscamente el teléfono.

Y colgué también mientras miraba a Magda con expresión desolada.

—Nada —dije—. Es inútil.

—No quiere salir, ¿verdad?

—Está obsesionado con la creencia de que encontrará algo ahí dentro. No le haremos volver a la razón sólo con palabras.

—Tampoco creo que debamos insistir —dijo Magda penosamente—. Por suerte para él es el único que queda al margen del crimen, por lo que me parece mejor no molestarle. Dentro de un par de días ya veremos, según lo que diga la policía. De momento será mejor seguir con la rutina ordinaria de siempre.

—Tienes razón, Magda.

—¿Vas a seguir aquí? ¿Cuándo te relevan?

—Dentro de dos horas. Vendrá Ralph.

Ella hundió la cabeza.

—De acuerdo, Sexton. Voy a avisar a los otros… Creo que es mejor que lo sepan por mí que por boca de la policía.

Y salió de la *roulotte*.

Mejor dicho, fue a salir.

¿Por qué la deseé con aquella fuerza cuando más hundido estaba en mi clima de horror? ¿Por qué la besé con tanta ansia? ¿Es que había en mí dos personalidades? ¿Es que palpitaba en mi interior un otro yo que desconocía?

Magda me miró con sorpresa cuando la solté.

Tuvo que hacer un esfuerzo para apartarse de mis manos nerviosas.

—No, Sexton —dijo—. Aquí no.

Y se alejó corriendo hacía el pequeño Volkswagen con el que había llegado hasta el castillo. Un instante después la vi desaparecer.

Entonces sonó el teléfono. Dale me llamaba desde el exterior.

Dije nerviosamente:

—Poned mi nombre en la cinta de la corona que enviaréis a John. Sobre todo, ponedlo…

CAPÍTULO VI

Ahora quisiera hablarle a usted de lo que ocurrió con Ralph, aunque cada vez que pienso en ello sufro tal estremecimiento que me cuesta incluso escribir una línea. Pero lo de Ralph fue tan importante para todos que necesito explicarlo con cierto detalle. Aquél fue el segundo suceso que nos marcó para siempre.

Debo aclararle, ante todo, que durante dos nuevos días nada ocurrió. Dale Went persistió en seguir encerrado pese a los esfuerzos que hicimos para sacarle de allí. En consecuencia seguimos rigurosamente el horario establecido y le llamamos a las horas fijas, mientras él nos contestaba también puntualmente.

Las cintas magnetofónicas eran escuchadas por un psiquiatra. Y éste nos dijo que, en su opinión, aunque Dale estaba haciendo toda clase de esfuerzos para conservar su salud mental, empezaban a notarse en algunas de sus palabras síntomas de ideas fijas. Eso era peligroso, desde luego. ¿Pero por qué nos había de extrañar? ¿No hacía falta ser un hombre de ideas fijas para encerrarse como él se había encerrado, en una especie de tumba?

El psiquiatra nos aconsejó que sacáramos a nuestro amigo de allí. El mismo habló con Dale por teléfono.

Pero fue inútil.

A todo esto Ralph estaba alojado en Montreux. Desde que ocurrió lo de John le inspiraba una cierta repugnancia vivir en Ginebra. Y fue por tanto en Montreux donde ocurrió todo.

Es posible que usted conozca la famosa ciudad de vacaciones situada junto al lago Leman. Millones de personas la visitan cada año. Montreux es un centro de turismo de masas, pero conserva ese aire señorial y nostálgico que tenían antes de 1914 los lugares donde se acumulaba la verdadera riqueza. Los hoteles son clásicos y tienen un aire *demodée* pero maravillosamente refinado. No se han edificado allí apartamentos en gran cantidad, excepto una torre que

rompe el paisaje. Los coches más lujosos de Europa se siguen congregando en las calles. Las niñas bien que van a educarse en los colegios más caros del mundo pasean sus últimas miradas de libertad por los escaparates de gran empaque situados junto al Leman.

Allí se había ido a vivir Ralph. Como en su coche estaba apenas a una hora de Ginebra, podía desplazarse al castillo y a las montañas de los Jura apenas hiciese falta. Llegaba puntualmente a sus relevos y jamás falló. Por eso nadie se opuso a que viviera en distinto lugar que los otros.

La noche en que iba a morir le llamé por teléfono.

Estaba en su habitación del hotel Metropole. Me confesó que trataba de distraerse con una revista frívola, pero no lo conseguía. Al fin preguntó:

—¿Y puede saberse por qué me telefoneas a las diez de la noche?

—Es para recordarte que mañana tienes relevo. Debes presentarte aquí a las ocho.

—Ya lo había apuntado. ¿Es sólo eso?

—Pues… pues sí.

—¿Cómo sigue Dale?

—Él finge estar muy animado, pero me parece que empieza a tener manías graves. Ningún hombre puede estar encerrado en una especie de tumba inmensa sin que le ocurra nada. Esto va a acabar mal.

—¿No hace caso cuando le pedimos que salga?

—No. Está empeñado en que terminará encontrando a aquel fantasma del hacha, lo cual es absurdo. Pero voy a decirte una cosa, Ralph: en esas condiciones siempre se sufren pesadillas. Seguro que terminará viéndolo.

Noté una vacilación al otro lado del hilo. Ralph preguntó:

—Sexton, ¿de veras me has llamado sólo por eso?

—Pues… realmente no.

—¿Entonces por qué?

—Mira, Ralph, tú eres la primera persona a quien se lo digo. Aquí hay algo que no encaja… y no sé qué es.

—¿Algo que no encaja?

—Exacto. Me he vuelto loco dándole vueltas al asunto, pero no

llego a ninguna conclusión. Simplemente es algo que no encaja. Hay una lucecita en mi cerebro que se enciende cuando lo pienso, pero nada más. No puedo dormir… ¡y sin embargo, cuando analizo las cosas una y cien veces, todo está correcto!

—¿Has visto algún nuevo retrato de aquella especie de monstruo?

—No.

—¿Alguien te ha hablado de él?

—No, desde luego que no.

—¿El cadáver de Lena Morson era realmente el cadáver de Lena Morson?

Vacilé.

La pregunta parecía absurda, pero era extraño que en el cerebro de Ralph se hubiera encendido también aquella especie de lucecita. Me estremecí mientras sentía el auricular pegado a mi oído como una amenaza. ¿Era posible que fuese aquello lo que me alarmaba sin saber en qué consistía? El cadáver descuartizado de Lena Morson, ¿podía ser el cadáver descuartizado de otra mujer?

Una cara destrozada por un hacha puede prestarse a mil confusiones.

Pero no, no podía ser eso. Me llevé las manos a los ojos mientras susurraba:

—Es absurdo, Ralph. No encuentro palabras para expresar lo que siento porque quizá resulta que no siento nada. Presiento que hay algo que no encaja, pero solamente eso. Mañana, cuando llegues para el relevo, hablaremos con más detalles.

Colgué.

A partir de ese momento, Ralph se quedó muy preocupado. Yo tenía que haber adivinado que ocurriría así. Hombre acostumbrado a hacer complicados cálculos en los talleres de Sud-Aviation, hombre habituado a medir la resistencia de los materiales para los Mirage o el Concorde, su cerebro intentaba captar qué era aquel punto oscuro que yo veía en el asunto. El punto según el cual no encajaban las cosas. Y como la atmósfera de la habitación del hotel se le hacía insoportable, salió.

Nunca debió dar ese paso.

Nunca debió abandonar la atmósfera protectora del hotel para hundirse a esas horas en el silencio del paseo que bordea el lago.

Cierto que hay cafés abiertos, pero a esa hora también hay en el paseo grandes zonas de tinieblas. Las luces titilan apenas en las aguas del Leman, que se muestran negras e impenetrables cuando no hay luna. Y negras e impenetrables eran aquella noche, al salir Ralph.

No se dio cuenta de que alguien le observaba. ¿Cómo podía haberlo adivinado?

La persona que le observaba, si es que podía llamársele persona, estaba a alguna distancia de la orilla, sobre una silenciosa barca de remos. Quieta la barca en las aguas del lago, era absolutamente invisible para cualquiera. Pero los potentes prismáticos que empuñaba aquella persona le permitían distinguir perfectamente todo el movimiento de la orilla, e incluso el que se producía en las puertas de los principales hoteles de la ciudad.

Y así fue como vio salir a Ralph.

Su figura se recortó en los cristales nítidamente.

Ralph vino en línea recta hacia el paseo y anduvo pensativo por entre las líneas de sombra. No podía encontrarse con la muerte porque la muerte aún estaba en el lago. No podía verla. Pero la muerte vino hacia él silenciosamente, con un suave movimiento de remos. La barca se detuvo en la orilla y una sombra saltó a tierra. Ralph ni lo sospechaba siquiera.

No imaginaba que unos ojos iban siguiendo uno a uno todos sus movimientos. Avanzó.

Anduvo por las partes más iluminadas del paseo, sumergido en sus pensamientos, y hasta se detuvo a tomar un café turco en un establecimiento especializado de la orilla. En cambio la sombra no se movió. La sombra esperaba su oportunidad, hasta que Ralph se situase en la zona que había escogido.

Diez minutos más tarde esa oportunidad se produjo.

Si usted va pronto a Montreux observará que en el sitio más elegante del paseo junto al lago hay una curiosa armadura metálica que recuerda a la de las viejas Halles de París. Realmente parece la estructura metálica de un viejo mercado de hace un siglo. Ahora está rotundamente pasada de moda, pero en su tiempo fue un balneario de gran estilo. Bajo sus cubiertas existe en estos momentos un *parking* donde entre las sombras dormían unos cuantos monstruos de veinte mil dólares, como el Jaguar Mark y el

Mercedes 350. Eran coches como para que sus dueños se pusieran a pedir limosna sacando las manos por las ventanillas. Ralph tenía estacionado allí el suyo, razón por la cual la sombra había supuesto que, de una forma instintiva, acudiría a ver si lo había tocado alguien. El coche de Ralph era un Citroën Pallas francés que en nada tenía que envidiar a los otros. Comprobó que las ventanillas estaban cerradas y que todo se encontraba en orden y se dispuso a alejarse. Pero fue al volverse cuando vio aquello. Era la sombra.

La misma sombra que había visto John, antes de morir, junto a la catedral de Ginebra, pero eso Ralph no lo sabía.

Distinguió los pliegues de la capa que llegaba hasta el suelo. Distinguió el sombrero negro. Vio… ¡el reflejo del hacha!

Todo era exactamente como en el cuadro que yo fotografié. Tenía delante al propio Emmanuel Morson, pero… Pero si los ojos de Ralph se desencajaron fue por otra razón. Si sus manos arañaron el aire fue por otro motivo. Si en su cerebro penetró la horrible y viscosa verdad fue por otra causa.

Mil lucecitas parecieron encenderse delante de sus ojos.

Veía aquella mirada.

Aquella mirada taladrante, hipnótica, llena de reflejos…

Balbució:

—No… No puede ser…

Y aquella horrible y viscosa verdad penetró más profundamente en él. Se dio cuenta de por qué la sombra estaba allí. Lo único que sus labios pronunciaron fue un breve nombre de mujer:

—Lena… Yo…

El hacha se movió un poco.

Los labios de Ralph parecían haber quedado exangües. Apenas fueron capaces de decir:

—Te juro que… no es cierto…

No hubo tiempo para más.

Ralph era joven y ágil como todos nosotros. Intentó reaccionar y saltar por encima de su propio coche para escabullirse cayendo al otro lado.

Pero para eso necesitaba apoyarse en la carrocería. El arma destelló débilmente.

La mano con la que Ralph había querido apoyarse quedó partida en dos.

Su grito de dolor debió oírse en todo el paseo, pero Ralph supo en aquel momento que nadie llegaría a tiempo. Supo que estaba ante la muerte y que la muerte seguiría actuando. El hacha se alzó de nuevo mientras él apenas conseguía barbotar:

—Noooo…

La carrocería de su coche quedó siniestramente teñida.

La sombra no perdió el tiempo. Después de comprobar que su segundo golpe había sido necesariamente mortal, ocultó el hacha bajo los pliegues de la capa y atravesó el paseo en dirección al lago. Sólo tuvo que recorrer escasamente diez metros hasta la barca, pero aun así le iluminaron fugazmente los faros de un coche. El conductor, ya algo bebido, dijo a la amiguita que viajaba a su lado:

—Mira. Drácula.

Y lanzó una carcajada.

Todo aquello le había parecido una especie de sueño.

Pero hubiese cambiado de opinión caso de ver las gotas de sangre que resbalaban ya hasta aquel paseo, uno de los más hermosos de Europa. Hubiese pensado que todo era distinto caso de poder ver por un instante la cara demoníaca que había sobre la capa negra.

Los remos empezaron entonces a batir el agua. La barca se alejó de allí, en dirección al castillo de Chillón, frente a los hermosos Alpes de Saboya. Nadie se dio cuenta de que acababa de cometerse un crimen. Nadie descubrió realmente el cadáver hasta tres horas más tarde.

¿Cómo no pensé que eso podía suceder? ¿Cómo no me di cuenta de cuál era el detalle que no encajaba? ¿Cómo no pensé que todos nos habíamos puesto en el camino de la muerte?

No. Entonces aún no lo sabía.

No había entrado aún en mi cerebro la horrible y viscosa verdad. La horrible y viscosa verdad sólo había penetrado —y aun en el último segundo— en el cerebro de los muertos.

CAPÍTULO VII

La mano me estrechó bruscamente y me zarandeó. Tuve la brusca sensación de que salía del fondo de una pesadilla.

La voz gritó:

—Eh, Sexton… ¡Sexton! ¡Despierta!

Abrí los ojos. Me di cuenta entonces, con sorpresa, de que estaba dormido en una de las dos literas de la *roulotte*. El que me zarandeaba era Peter, el que como usted sabe trabaja en unos laboratorios de electroquímica. Sus ojos estaban desencajados.

—¡Sexton! —insistió—. ¡Despierta…!

Aturdido, quedé sentado en la litera y miré en torno. Me bastó ver con más detenimiento los ojos de Peter para darme cuenta de la verdad. Con voz opaca y sin matices me sorprendí a mí mismo diciendo:

—Vienes a comunicarme que Ralph ha muerto, ¿verdad?

Me miró más que nunca con ojos desencajados.

—¿Cómo lo sabes?

—No podría decírtelo… Es algo que he intuido. Un poco como si acabara de soñarlo.

—Sexton… Parece como si hubiera dos personalidades en ti. No te entiendo…

—Nada tiene de extraño el que me haya dormido —dije pasando la mano derecha por mis ojos—. Todo es tan aburrido aquí que uno no puede resistirlo. Y cuando se duerme se sueña.

—¿Quieres decir que has soñado la muerte de Ralph?

—Más exactamente yo diría que la he presentido. Creo que, además, soy la última persona con la que ha podido hablar.

Y le expliqué nuestra conversación. No omití decir a Peter que había algún punto oscuro, un punto inconcreto, algo que no encajaba. Peter no había notado nada, de modo que siguió mirándome con ojos de asombro.

—¿Pero a qué te refieres? —balbució.

—A nada en concreto. Si lo supiese te lo diría.

—Está bien… ¡Deja de pensar en eso, maldita sea! Lo importante es que sepas que Ralph no podrá venir a relevarte. Por eso he venido yo.

—No te preocupes, muchacho —dije tratando de mostrarme natural—. Si quieres, puedo quedarme más tiempo.

—No… Yo creo que debes presentarte a la policía y decir dónde has estado. Nos van a interrogar a todos excepto a Dale Went, que es el único libre de sospechas porque no puede salir de ahí. A mí ya me han interrogado.

—¿Y sospechan algo?

—No lo sé, pero no me extrañaría que nos expulsaran del país, ya que no pueden detenernos. Por supuesto a Dale no pueden echarlo porque es ciudadano suizo. Tampoco a Magda, que tiene permiso de residencia en Montreux. Pero a los demás…

Y produjo con los dedos un chasquido muy significativo. Era como si con aquello dijese «¡Fuera!».

—Es lo menos que nos puede ocurrir —musitó.

—Pero en ese caso nos iremos sin haber averiguado nada.

—¿Por qué crees que lo lamentaría? ¿Piensas que lo que sentiría el que me echaran de esta especie de castillo siniestro? ¡Bah!

Traté de mostrarme indiferente e hice un gesto despectivo.

Encendí un cigarrillo y salí del vehículo. Las ventanas tapiadas del castillo parecían más que nunca los nichos de un cementerio. Sólo el pensar que Dale seguía allí dentro y que aún tenía intención de aguantar, me infundía vértigo.

Peter susurró:

—¿Hay novedad?

—No, ninguna.

—¿Dale ha comunicado a las horas?

—Me he dormido —confesé—, y por lo tanto no he llamado a tiempo.

Pero lo haré ahora.

Puse el magnetófono en marcha.

El mensaje rutinario de Dale ya estaba preparado. Su voz tranquila y pausada empezó a brotar como de costumbre.

Me dio los datos, igual que los había estado dando los días

anteriores. Se encontraba bien de salud, aunque la tensión arterial tendía a ser un poco alta. Dormía poco y comía menos. Me afinqué en mi idea de que aquello tenía que acabar muy mal.

Por lo demás, no había descubierto absolutamente nada —dijo —. En el castillo no había absolutamente nadie. Empezaba a dudar de que tuviera algún sentido estar allí.

Apreté los labios con un gesto de ansiedad.

Era una buena ocasión para pedirle que abandonase aquel juego estúpido. Cuando la cinta hubo terminado la grabación, llamé por teléfono.

Dale se puso enseguida.

Parecía haber estado esperando impaciente. Y era natural, puesto que yo le llamaba con retraso.

—¿Por qué no me has llamado tú a mí? —le pregunté de buenas a primeras.

—Verás… Tienes que disculparme.

No, hombre, no… El que debe disculparse soy yo. Pero otra vez no te moleste el pegar unos cuantos timbrazos, hombre, si ves que me retraso. En este caso me hubieras hecho un favor al despertarme.

—¿Es que te habías dormido?

—Por desgracia, sí.

—No tiene importancia —dijo—, aunque reconozco que el conservar los horarios es esencial. Si no los conserváis nunca sabréis si me ha ocurrido algo. Imagina que no tengo tiempo de llamar.

Comprendí que tenía razón.

Aquel retraso era imperdonable, aunque, verdaderamente, no veía que a Dale hubiese de ocurrirle nada dentro del castillo.

Pero era evidente que empezaba a tener miedo.

Lo noté en su voz.

—Siento no haber traído provisiones de licor —dijo—. A veces me harían falta.

—Dale… ¿no te sientes bien?

—Sólo digo que de vez en cuando me convendría un trago.

—¿Sufres alucinaciones?

—Bueno… Esta soledad revienta a cualquiera, ¿no?

—¿Por qué no sales?

—Porque aún pienso que voy a descubrir algo.

—Es inútil, Dale. Estás metido en una especie de callejón sin salida como todos nosotros. Más vale que lo dejes.

—¿Y por qué voy a dejarlo precisamente ahora?

—Porque el monstruo que asesinó a tu mujer, si es que existe, no se encuentra en el castillo de Morson. Se encuentra fuera.

—¿Qué quieres decir…?

—Prefiero hablarte con claridad. Han matado a Ralph.

Y otra vez mi palabra se convirtió en una especie de tableteo de ametralladora. No podía parar. Necesitaba sacar todo lo que llevaba dentro o reventaría. En menos de dos minutos le di tal cantidad de detalles que Dale Went debió quedar anonadado, sin poder respirar.

Al fin noté que jadeaba.

Oía no sólo aquel jadeo causado por el nerviosismo, sino el levísimo clinc, clinc de una gotita de agua que se desprendía desde el techo del sótano. Me parecía ver a Dale. Me pregunté si a aquellas horas, después de una semana de vivir allí, no estaría ya destrozado por el reuma.

Al cabo de unos instantes de silencio que se nos hicieron interminables a los dos, murmuró:

—¿Lo sabe la policía?

—Claro…

—¿Van a detener a alguien?

No sé si se atreverán a hacerlo, puesto que no tienen pistas, pero ya sabes cómo arreglan muchas veces las cosas las autoridades suizas: es posible que nos expulsen del país.

—¿Qué vais a hacer?

—Por lo pronto pedirte una cosa, Dale.

—¿Qué salga de aquí?

—Exacto.

Noté que vacilaba de nuevo, pero al fin dijo:

—No, no saldré. Estoy decidido a averiguar lo que sucedió en este castillo. Tiene que haber un rastro y lo encontraré. Daré con él.

Cerré un momento los ojos.

Y entonces descubrí una viscosa verdad. Entonces adiviné algo.

No era lo que John y Ralph habían descubierto en el momento de morir, ni nada que tuviera relación con ello, pero lo que descubrí no me gustó. Para mí estuvo tan claro como el agua. Por eso dije bruscamente:

—Dale, yo sé lo que te ocurre.

—¿Qué me ocurre?

—Tienes miedo.

—El miedo es libre, ¿no? —preguntó abruptamente—. ¿O es que está prohibido tenerlo?

—En tu caso es distinto, Dale. Ahora lo comprendo. Cuando Lena murió, tuviste un temor horrible a que el asesino cayera sobre ti también.

No contestó. Quizá no se atrevía.

Yo dije secamente:

—Lo de meterte ahí con puertas y ventanas tapiadas ha sido una estratagema. Ni en una cámara acorazada estarías mejor. Tú no puedes salir, pero el asesino tampoco puede entrar. Somos nosotros los que corremos peligro, somos nosotros los que iremos muriendo uno a uno. Mientras tanto confías en que el asesino caerá sin hacerte correr ningún peligro, ¿no es cierto? Das tiempo al tiempo.

Tampoco me contestó de momento, pero yo seguía notando su respiración jadeante. Al fin dijo con voz insegura:

—No es una estratagema. Podéis encerraros vosotros si queréis.

—¿Pero admites que sigues ahí porque te sientes protegido?

—Evidentemente corro menos peligro que vosotros, pero…

No quise oírle más.

Colgué.

Me sentía rabioso al pensar que Dale Went se había encerrado allí por miedo. Evidentemente él creía que quien mató a su mujer le mataría a él también, y por eso se había metido en el castillo tapiando puertas y ventanas. ¿Quién podría entrar allí, aunque fuese un fantasma? ¿Quién podría matarle? Dale era el único que estaba seguro, mientras nosotros iríamos cayendo uno a uno. Dale Went no saldría hasta que el asesino hubiese sido capturado. Inteligente, ¿verdad? Muy probablemente él sería el único que quedaría con vida.

Anduve unos pasos mientras miraba el castillo con expresión siniestra.

¿Pero por qué habíamos de morir nosotros? ¿Quién nos atacaba? ¿Qué daño habíamos hecho? ¿Estábamos quizá a merced de un loco que mataba por puro azar?

No, no podía creerlo.

Dentro de aquellos crímenes había una lógica. ¿Pero cuál?

¿O quizá había que creer definitivamente en un fantasma? ¿Habría que pensar seriamente en que aquel monstruo nacido casi un siglo antes aún vivía y AÚN MATABA?

Me llevé un momento las manos a los ojos.

Estaba aturdido.

Peter vino hacia mí y me dio una palmadita en la espalda. Sin duda quería alentarme. Llevaba una petaca llena de legítima ginebra holandesa y me hizo beber un trago. Casi enseguida me sentí mejor.

—Debes irte —murmuró—. Yo me ocuparé de todo hasta que Magda me releve dentro de doce horas. Ah… Y preséntate a la policía antes de que te llamen. Será mejor.

Fui hacia mi coche, pero antes me detuve para decir:

—Ahora ya somos muy pocos, Peter. Somos tú y yo y las dos mujeres. Me temo que los turnos de guardia resulten demasiado pesados para repartirlos sólo entre cuatro, en lugar de repartirlos entre seis.

—Los alargaremos —dijo Peter—. ¿Qué remedio…? Además no creo que ese loco de Dale siga ahí dentro demasiado tiempo. Me apuesto mi sueldo de un año a que dentro de dos noches está ya pegando gritos.

Hice crujir los nudillos y me alejé.

Yo también pensaba lo mismo.

Dale Went no podría soportar en aquella especie de tumba una soledad tan macabra.

Mientras rodaba hacia Ginebra seguía pensando que aquello no se aclararía de ningún modo. Nos enfrentábamos a algo que no tenía sentido, a algo que desbordaba los límites de mi imaginación. Y sin embargo, Olga empezó a aclararme algunas cosas horas después. Sus palabras hicieron cambiar el panorama, aunque yo entonces no lo sospechaba. Todo empezó cuando al entrar en mi habitación del hotel sonó el timbre del teléfono.

CAPÍTULO VIII

Hubiera debido presentarme enseguida a la policía, como acababa de sugerirme Peter, pero había decidido darme antes una ducha para estar más fresco. Cuando sonó el teléfono estaba seguro de que me llamaban desde Jefatura para que me presentase allí. Lo descolgué y tuve una sorpresa al reconocer la voz de Olga.

—Sexton —musitó.

Palpitaba la ansiedad en aquella simple palabra.

—¿Ocurre algo? —pregunté—. ¿Te han interrogado después de la muerte de Ralph?

—Sí, pero ha sido una cosa rutinaria. Sólo ha hecho falta que justificara mi tiempo desde las siete de la tarde de ayer hasta medianoche.

—¿Sabes si tienen alguna pista?

—Ninguna. Absolutamente ninguna. Todo esto es tan horrible que ya no sé qué pensar, Sexton.

—Si yo tuviese la menor idea de lo que ocurre te hablaría con claridad, Olga, pero no la tengo.

—Es que yo creo haber averiguado algo extraño, Sexton.

Me estremecí un momento. El auricular tembló en mi derecha.

—¿Algo extraño? —musité—. ¿Qué es?

—Se refiere a las fotografías que tú hiciste.

—Hice fotografías de casi todo el interior del castillo —dije—, y creo que resultaron buenas. Tú tienes capias, ¿no? ¿Qué pasa con ellas?

—Verás… Están tan detalladas, son tan perfectas, que mirándolas y remirándolas creo haber descubierto algo en ellas, Sexton.

—¿Algo? ¿Qué es?

—¿Tienes tú los originales en tu habitación?

—Sí, claro.

—¿Por qué no los pones junto al teléfono? Así podrás ver lo que yo te diga.

Atendí su sugerencia y extendí las fotografías sobre la mesa en que estaba el teléfono. No noté en ellas nada de especial, excepto lo que ya sabía. Pero la voz de Olga me indicó:

—Fíjate en esa foto en que se ve la pequeña mesa de despacho en que Lena escribía sus cartas. ¿No ves en ellas una libretita de notas abierta?

—Sí, claro.

—¿Tienes una lupa?

—No, pero mis ojos pueden ver perfectamente. Ahora me doy cuenta de lo que quieres señalarme. Es la única palabra escrita en la página por la que la libreta está abierta, ¿verdad? Esa única palabra es: «NO».

—Exacto. La palabra «No». ¿Qué significa eso?

—Pues… pues no creo que signifique nada, la verdad. Me parece que has metido la pata fijándote en un detalle tan sin importancia, muñeca.

—Es que no se trata de eso sólo —dijo la voz de Olga—. Fíjate en la otra foto en que está reproducido el tocador de Lena.

Me fijé. Mis ojos descubrieron entonces algo que hasta entonces me había parecido un detalle sin importancia, aunque no había dejado de notarlo. La foto era tan perfecta que permitía ver incluso aquellos signos trazados en el cristal con un dedo. Los signos formaban la palabra «NO».

—También es curioso… —dije con un hilo de voz—. La verdad es que no me había dado cuenta.

—Esa palabra repetida dos veces tiene que haber sido trazada por Lena —dijo Olga suavemente—, y la verdad es que tanta insistencia no dejaría de extrañar a cualquiera. ¿Qué crees que quiso decir?

—No puedo imaginarlo, Olga.

—Pero no es eso sólo. Mira una de las fotografías del sótano que tú hiciste también. Es la que tiene la columna en el centro. No sé si tus ojos llegarán a captarlo, porque yo he necesitado una lupa, pero a cuatro dedos del suelo hay algo grabado con las uñas en esa columna. ¿Lo ves?

Afirmé maquinalmente.

Por suerte mis ojos tienen todavía una gran agudeza, pero eso no me alegraba. Sentía la frente bañada en sudor.

—Cierto —susurré—. Puedo ver la palabra, y esa palabra sigue siendo la misma: «NO».

—¿Qué crees que quiso decir Lena? —susurró Olga, cortando el hilo de mis siniestros pensamientos—. ¿A quién iba dirigida esa negativa?

—No puedo ni imaginarlo. Y tampoco entiendo el porqué de tanta insistencia.

—Da la sensación de que alguien le exigía una declaración, ¿verdad?

—Pues… Sí, ciertamente puede dar esa sensación.

—Y ella se negaba —dijo Olga.

Reconocí que tenía razón. Ésa podía ser una explicación, aunque dejaba por desvelar lo principal: ¿cuál era la causa? ¿Quién había exigido una declaración a Lena Morson, la esposa asesinada de Dale? ¿Y sobre qué cosa?

¿Qué tenía ella que confesar?

Olga también guardaba al final de la línea un silencio expectante.

Luego susurró:

—¿Qué piensas de todo eso, Sexton?

—Que también debe haberlo notado la policía suiza.

—Tal vez —dijo Olga—. Esos detalles mínimos que capta una máquina y que pueden ser contemplados una y cien veces en la fotografía, suelen pasar inadvertidos para el hombre que simplemente pasea su mirada por la habitación. Yo misma no me he dado cuenta hasta que he mirado las fotografías con lupa. La policía tendrá la agenda, pero lo demás no. Seguro que no se han fijado en lo del cristal ni en lo de la columna. Claro que lo del cristal ya se habrá borrado.

—Sí —dije pensativamente.

—¿Qué crees que deberíamos hacer?

—Quizá entrar en el castillo para ver si hay más detalles de esa clase, pero será imposible mientras Dale no nos autorice, y Dale, por el momento, sigue empeñado en mantenerse encerrado allí. Lo único que podemos hacer es consultar con más atención la agenda.

—No será posible. La tiene el juez. Supongo que deben

examinarla los expertos.

—Entonces quizá debamos hablar con alguien que conociera muy bien las interioridades de la vida en el castillo. Si había algo que Lena Morson se obstinara en negar, alguien de la servidumbre debe saberlo.

Oí el suspiro de Olga al otro lado del cable.

—Tienes razón, Sexton, pero lo malo es que Dale despidió a toda la servidumbre para poder quedarse completamente solo en el castillo. Les dio una generosa indemnización y los echó de su lado. No sé si alguno de ellos estará viviendo aquí.

—Se lo preguntaré al propio Dale —musité tras unos instantes de reflexión—. Puedo hacerlo mañana por la mañana. O mejor dicho, pregúntaselo tú misma, porque harás el relevo antes.

Olga volvió a suspirar.

—Naturalmente —dijo—. No te preocupes. Mañana por la mañana volveré a llamarte para este asunto.

Y colgó.

Yo colgué también mientras sacaba un cigarrillo y lo ponía en mis labios pensativamente. Me di cuenta de que allí podía haber una remota pista, pero era tan débil que se perdía apenas iniciada. Lo que Lena había negado jamás podríamos saberlo realmente, porque Lena estaba muerta. Y sin embargo… Sin embargo, no era ésa la única pista que yo creía haber hallado. Yo había notado algo más, algo que me atormentaba desde días antes, desde que me pareció notar que una cosa no encajaba. Pero no sabía qué era. Era algo que me decían mis sentidos sin que mi cerebro llegara a penetrar más. Era algo en que me perdía como el que se pierde en una ciénaga.

Si hubiera podido ver la última expresión de los ojos de los muertos, si hubiese oído sus últimas palabras tal vez habría llegado a alguna conclusión válida Ellos habían pronunciado precisamente el nombre de Lena Morson. Pero yo entonces aún no lo sabía. No podía pensar en eso. Seguía metido en la ciénaga sin saber adónde. No había adivinado aún la horrible y viscosa verdad que llegaron a adivinar los muertos.

CAPÍTULO IX

He de reconocer que la policía suiza no me molestó demasiado. Ellos mismos estaban completamente aturdidos por aquellos extraños crímenes y no sabían qué dirección seguir, de modo que por el momento se limitaban a una línea de prudencia. Imagino que debían estar reuniendo febrilmente datos sobre nosotros a fin de tomar una decisión cuando tuviesen un buen *dossier* sobre la mesa, pero de momento se limitaron a pedirme que justificara mi tiempo. Lo pude hacer difícilmente porque la verdad es que había estado solo en la *roulotte*, y no tenía testigos acreditando que yo había pasado todo el tiempo allí. Lo quisiera o no lo quisiera, me convertí en el primer sospechoso.

Pero me dejaron en libertad.

Yo sabía leer en los ojos de los policías que me habían interrogado. Ellos habían ya notado que yo no tenía ningún motivo para matar a mis amigos, y que además no los odiaba. Pero ¿no podía ser yo un hombre con dos personalidades? ¿No podía ser un maníaco? ¿Cuántos hombres y mujeres que han cometido crímenes auténticamente satánicos se olvidan después de ellos, como si acabaran de despertar de un sueño? Y el noventa y nueve por cien de ellos siguen a continuación una vida absolutamente normal, hasta que vuelven a sentir en el fondo de sí mismos la oscura llamada del crimen.

El hecho de que yo me hubiera dormido aquella noche era lo que les desorientaba. O lo que más les hacía sospechar. Ellos sabían bien que el asesino maníaco entra después en una especie de coma moral, en un estado medio hipnótico, en algo así como un sueño reparador en el que va olvidando todos los detalles de su crimen, el cual aparece como un sueño. Pero un sueño que le produce un infinito descanso.

Creo que aquella noche, después del interrogatorio de la policía,

bebí demasiado. Estuve en una taberna de la rué Carouge y no salí hasta que me echaron. Llegué a duras penas al hotel y me dejé caer sobre la cama, hundiéndome en una especie de pesadilla. De ésta me despertó a la mañana siguiente el zumbido del teléfono.

Lo descolgué pesadamente.

Era Olga.

—Vengo de hacer la guardia junto al castillo —dijo—. Magda me ha relevado.

—Eso me recuerda que yo debo estar allí por la noche… —dije con la lengua pastosa—. ¿Todo ha ido bien?

—Perfectamente. Dale está algo nervioso, pero sus reacciones siguen siendo normales. De todos modos habla poco porque yo diría que le ha afectado profundamente la muerte de Ralph. Tiene miedo.

—Ya he notado eso —dije—, y pienso que se encierra en el castillo para que a él no le pase nada. No es muy valiente, que digamos. Pero vamos a lo que importa: ¿te ha dicho qué persona nos podía informar acerca del estado de espíritu de Lena poco antes de morir?

—Me ha dicho lo más elemental: que podía informarme él mismo.

—Es lógico —opiné mordiéndome los labios—. Lo natural era recurrir a él, que al fin y al cabo era el marido. ¿Pero había notado algo especial?

—Dice que nada. Últimamente Lena estaba muy nerviosa, pero ello hay que atribuirlo al accidente en que perdió el hijo.

—También es cierto —opiné—. ¿Pero le has pedido la dirección de alguno de los antiguos servidores, alguien que nos pudiera dar más datos? ¿Y le has hablado del detalle que notamos en las fotografías?

—Sí. Yo no puedo ocultar nada a Dale. Es nuestro amigo.

—Por supuesto, pero pienso que con eso quizá no le hayas hecho ningún favor. Tal vez se pondrá aún más nervioso. ¿Qué ha dicho?

—Que Lena Morson no tenía por qué negar nada. Tengo la sensación de que Dale no ha dado al asunto demasiada importancia, ¿sabes? Todo lo atribuye al estado terrible de crisis por el que pasó Lena después del aborto.

—También es natural —reconocí—. Me temo que estemos siguiendo una pista falsa.

—De todos modos me ha dado dos direcciones de antiguos servidores que viven en Ginebra. Uno de ellos es el mayordomo, que habita en una pensión de la rué de France. El otro una cocinera que se ha puesto a trabajar en un restaurante de la avenida Mont Blanc. Pero temo mucho que la cocinera no nos podrá decir nada.

—Tienes razón. Iremos a ver al mayordomo. ¿Estás cansada? ¿Podemos ir ahora mismo?

—Claro que sí. He dormido un poco en la *roulotte* y me bastará con darme una ducha. Podemos reunimos dentro de una hora frente a la Sociedad de Naciones. Está cerca de la rué de France.

Yo también me di una ducha y me sentí más fresco después de mi noche estúpida. Tomé el coche y fui hasta el lugar de nuestra cita, en el enclave que hace cuarenta años fue uno de los más importantes del mundo y que hoy tiene simplemente un valor histórico. Luego descendimos a pie hasta la pensión en que residía Humboldt, el mayordomo de los Morson.

Nosotros ya le conocíamos porque habíamos pasado muchas noches en el castillo, durante nuestras reuniones mensuales, pero al verle en aquella pensión tuvimos en cierto modo una sorpresa. Nos pareció mucho más joven que cuando era simplemente un lacayo distinguido de los Morson. El no llevar uniforme le hacía parecer otra persona. Tenía alquilada una magnífica habitación del piso más alto, con mucha luz y vistas al lago. Llevaba simplemente una bata y estaba pintando cuando nosotros llegamos. Pero había puesto un lienzo sobre la tela para que nadie la viese.

Juro que eso fue lo que me extrañó.

El detalle me hizo arrugar la nariz.

¿Pero de qué sirven los detalles que no tienen lógica?

Humboldt no sólo había cubierto con un lienzo lo que estaba pintando antes de entrar nosotros, sino que tenía apoyados en la pared otra docena de cuadros. Pero todos vueltos del revés. Ninguno de ellos podía verse. Nos saludó con una estrecha sonrisa mientras dejaba la paleta y los pinceles sobre la mesa.

—No sabía que usted estuviera instalado tan bien —dije—. No quisiera ser indiscreto, pero por lo visto el señor Went le ha indemnizado con generosidad antes de despedirle.

Humboldt se sentó en una butaca de mimbre y nos tendió unos vasos y unas botellas. Seguía pareciéndome muy joven. En el

castillo le había calculado unos cuarenta y cinco años, pero ahora me daba cuenta de que no tendría más allá de treinta y ocho. La desenvoltura de sus ropas era la de un pintor que no necesita mendigar a nadie. Por otra parte, la habitación-departamento que ocupaba también debía costar lo suyo.

—El señor Went me indemnizó generosamente —dijo—, pero aparte de eso yo me ganaba bien la vida. El servicio doméstico de categoría está muy bien pagado en Suiza, y tenía mis ahorros. Ahora estoy pasando algo así como una temporada de vacaciones dedicado a lo que siempre me gustó: la pintura.

—Poco debe pintar aquí —dije—. Tiene mucha luz, pero la vista es monótona. Solamente el lago. Por lo tanto necesita un modelo. ¿Dónde está?

No tenía derecho a interrogarle de aquel modo, por lo que me parece que se ofendió un poco. De todos modos dijo con naturalidad:

—Pinto de memoria. Sólo cosas que imagino.

—¿Monstruos?

—¿Y por qué habían de ser monstruos?

—No sé… Es algo que se me ha ocurrido de repente. En el castillo había, por ejemplo, un retrato muy poco tranquilizador. Era el de Emmanuel Morson.

—Lo recuerdo, pero yo no tengo un gusto tan macabro. Pinto solamente cosas que se me ocurren. Paisajes, insectos… En fin, nada de importancia.

Con gusto hubiera tratado de volver de cara uno de aquellos cuadros para ver en qué consistían, pero no me atreví. Bastante maleducados éramos al importunar de aquel modo a un hombre que ya no pertenecía al servicio de los Morson. Por eso me limité a explicarle el detalle que habíamos observado en las fotografías. El detalle de la palabra «NO».

—Eso me hace suponer —añadí— que la señora Went padecía en los últimos tiempos algún fuerte desequilibrio. ¿Sabe usted si alguien la interrogaba? ¿Qué es lo que podía haberse negado a decir?

Humboldt se preparó un vaso de *whisky*. Con la mirada perdida en el vacío, se encogió de hombros como si aquel asunto ya no fuera con él.

—Aunque yo fuese una persona de confianza en el castillo —dijo —, no estaba al corriente de los problemas íntimos de la señora Went, si es que los tenía. Más bien creo que eso de que me hablan fue un desequilibrio producido por un hecho externo y que también habría afectado a cualquier mujer.

—¿Se refiere al aborto accidental que sufrió al caerse?

—Naturalmente. No puedo referirme a otra cosa.

—Comprendo que cualquier mujer se hubiese afectado —murmuré—. ¿Pero cree que no hubo nada más?

—¿Qué otra cosa podía haber?

—¿Problemas con su marido…? —sugirió Olga.

—No, no tenían problemas. Eran un matrimonio normal. Además, pudiendo gastar dinero en abundancia, los disgustos, si es que los hay, se solucionan pronto.

Olga asintió.

Estaba de acuerdo con eso.

Pero nos dimos cuenta de que nada podríamos sacarle a Humboldt, de modo que hicimos derivar la conversación hacia puntos intrascendentes, por simple cortesía, para no dar la sensación de que habíamos venido sólo a interrogarlo. Poco después nos marchamos.

La verdad era que no habíamos sacado nada en limpio.

Había sido tiempo perdido.

Sólo sabíamos que Humboldt tenía la manía de no enseñar sus cuadros. Pero eso, ¿qué significaba? Absolutamente nada, desde luego. Cuando descendí las escaleras hacia la calle me di cuenta de que podía haberme ahorrado aquella gestión.

Y sin embargo…

Bueno, sin embargo, tuve dos sorpresas nada más poner los pies en la planta baja. Ninguna de las dos significaba nada por sí misma, he de reconocerlo, pero las dos juntas no me dejaron dormir aquella noche.

Una de ellas dos la proporcionó el dueño de la pensión al preguntar campechanamente:

—¿Qué? ¿Ya han visto al señor Humboldt?

—Sí, gracias.

—Una gran persona, el tal señor Humboldt. Uno de nuestros mejores clientes. Ya lleva cuatro años aquí.

Sentí como un cosquilleo en la espina dorsal.

Me volví poco a poco.

—¿Cuatro años? —musité.

—Pues claro… Ahora se cumplen casi exactamente, día por día.

—Me parece que está usted confundido —susurré—. El señor Humboldt vivía en un castillo de los Jura, en el cual era persona de confianza.

—Ah, sí… Se refiere usted al castillo de los Morson. Valiente museo aquél. No comprendo cómo hay gente que, teniendo dinero, aún puede vivir en sitios semejantes. Pero a lo que iba: el señor Humboldt tenía dos días libres a la semana, y los pasaba aquí pintando. Esa habitación era suya aunque sólo la ocupara unas horas. Y pagaba puntualmente, se lo aseguro.

Me acaricié los labios con un dedo, pensativamente. Bien mirado, todo aquello carecía también de importancia, como los detalles sueltos que había ido anotando desde que el maldito asunto empezó… Un sirviente que se gana muy bien la vida y que quiere tener fuera del castillo su propio ambiente para dedicarse a pintar y quién sabe si a traerse a la habitación alguna aventurilla. ¿Y qué? ¿Tenía eso algo que ver con todas aquellas espantosas muertes?

No. Era imposible hallar la menor relación.

Pero de todos modos me estremecí.

Quise seguir la línea de mis pensamientos al preguntar:

—Al señor Humboldt, ¿le visitaba alguna mujer?

—No, ninguna.

—¿Jamás?

—Jamás… Eso sí que puedo asegurarlo porque siempre estoy aquí. El señor Humboldt no tenía tratos con ninguna mujer.

No sé por qué, pero tuve una decepción. Uno piensa que, existiendo una mujer, las pistas son más fáciles. Pero ya, ya… Allí no aparecían mujeres por ninguna parte. De modo que salí con Olga mientras maldecía mi mala suerte.

Pero entonces tuve la segunda sorpresa.

Olga alzó la cabeza.

Bisbiseó:

—Mira… Peter… ¡Es Peter! ¡Nos está mirando desde aquella ventana!

Yo alcé la cabeza también, de pronto. ¿Qué infiernos hacía Peter

allí? ¿Por qué se alojaba en aquella pensión de la rué de France el único de los amigos que aún quedaba vivo, con excepción de yo mismo?

Mi desencanto se repitió.

¡Qué diablos iba a ser Peter!

Eso, al menos, hubiera podido significar otra pista, pero allí no había maldita pista que seguir.

Hice un saludo con la mano, sonreí y seguí mi camino.

—Estás mal de la vista, Olga —dije nerviosamente.

—¿Por qué?

—Ése no era Peter.

—Pues yo hubiese jurado que…

—¡Por Dios! Si hace un momento hemos estado hablando con él… Es el propio Humboldt que nos miraba desde una ventana. No sé cómo has podido confundirte.

—Pues me he confundido porque se parece mucho a Peter —dijo ella nerviosamente—. No hay otra razón.

Moví la cabeza de arriba abajo.

Otra vez sentía una cosa extraña, otra vez sentía como si mis pies no acabaran de estar bien posados en el suelo.

—Cierto… —susurré—. El que está mal de la vista soy yo. Hasta ahora no me había dado cuenta de que, en efecto, Humboldt se parece bastante a Peter. Y es curioso…

—¿Qué es curioso?

—Que, por esa misma razón, se parece también a los demás. Se parece a todos los otros. A mí incluso. Cierto que tenemos distintas caras, pero todos los amigos tenemos la misma edad, más o menos el mismo peso, la misma complexión… Ninguno de nosotros usa bigote, barba o gafas… Sí, en cierto modo nos parecemos. Humboldt se parece mucho a Peter, pero también a todos los demás.

Ésa fue la segunda sorpresa, pero le confieso a usted que no quise ahondar demasiado en ella. No me entretuve atormentándome con preguntas y más preguntas. No pude sospechar en aquel momento que acababa de dar con una de las claves, aunque no era la única. Había otras claves más, otros indicios que en principio no llevaban a ninguna parte. Creo que hice bien en olvidar aquello, porque la pista sobre la cual estaba me hubiera llevado solamente

hacia las sombras de la noche.

Pero lo cierto es que había rozado las alas de la muerte y yo no lo sabía. No podía imaginarlo siquiera.

Las alas de la muerte me envolvieron a partir de aquel instante, pero tampoco lo imaginé.

CAPÍTULO X

Durante las próximas veinticuatro horas nada especial sucedió tampoco. Todo se desarrolló normalmente, si se puede llamar *normal* a la especie de pesadilla que estábamos viviendo. Dale Went siguió en su castillo, siguió encerrado en su propia tumba. Nosotros nos relevamos para controlarlo todo desde la *roulotte* y anotamos todas sus palabras y reacciones, aunque ninguna de ellas se salió de lo habitual. Las cintas magnetofónicas ya grabadas seguían siendo oídas por un psiquiatra, quien nos manifestó su preocupación por el porvenir del cerebro de Dale. Acabaría volviéndose loco.

Día y medio después de nuestra visita a Humboldt, mi turno de guardia terminó a las once de la noche. Tomé mi automóvil, descendí a Ginebra después de dejar a Peter en mi puesto y me dispuse a dormir tranquilamente. Después de mis preocupaciones, lo necesitaba.

Llegué al hotel pasada la medianoche. A esa hora no había absolutamente nadie en la calle poblada de sombras. Al otro lado de la calzada, un jardincillo con árboles parecía haberse convertido de pronto en una selva inextricable. Ni un rayo de luz entraba en él. Parecía como si uno, avanzando sólo veinte metros, pudiera hundirse ya en las brumas del misterio.

Me disponía a desnudarme cuando sonó el teléfono.

Hizo un gesto de extrañeza.

No esperaba que me llamase alguien a aquella hora.

Pero reconocí la voz del conserje de noche. Era una voz silbante, baja, una voz que no parecía normal y que sonaba a ultratumba, si es que las voces pueden sonar de ese modo alguna vez. Pero estoy seguro de que usted me entiende.

El conserje murmuró:

—Señor Sexton, ¿ha venido usted solo?

—Sí. ¿Por qué?

—Pues si ha venido usted solo yo diría que alguien le ha seguido hasta aquí. Y ha estado incluso unos minutos parado en el bosquecillo de enfrente.

Suspiré con cansancio.

—De nada serviría ocultarle la verdad, amigo —dije—. No es ninguna deshonra, pero me he visto envuelto en la muerte de dos amigos míos y la policía me ha interrogado sobre cuestiones puramente rutinarias. Es muy fácil que me hayan seguido.

—¿La policía?

—Sí.

—Pues yo diría que no es ese el caso, señor Sexton.

—¿Por qué?

—Verá… Es que el tipo que he distinguido sólo unos momentos desde la puerta es… es algo extraño. Siniestro diría yo. No se ven por Ginebra tipos como ése. Ha debido seguirle en coche, porque de otro modo, por las calles, hubiese llamado la atención.

—Tiene que ser así. He venido en coche —dije, sintiendo que la derecha me hacía daño de tanto apretar el auricular—. ¿Pero cómo es ese tipo? ¿Qué ha podido ver usted? ¡Dígame como es! ¡Por favor! ¡Dígalo!

Esperé impaciente, pero antes de qué el conserje hablase yo ya conocía en realidad la respuesta.

—Pues… es fantasmal —dijo—. Viste enteramente de negro, con una capa hasta los pies. Lleva un sombrero también negro. Señor Sexton… Todo esto es increíble. Uno se harta de trabajar y de vivir entre cosas normales y de repente se da cuenta de que hay cosas que no entran ni en el cerebro del más imaginativo. Estamos en uno de los mejores sitios de Ginebra, en uno de los sitios más normales y, sin embargo, me parece haber estado viendo una película de Drácula.

Apreté los labios.

De pronto sentí una especie de pinchazo insoportable en la médula espinal. De pronto me di cuenta de una cosa absurda, pero que de nada me servía negar.

Estaba sintiendo miedo…

El monstruo había venido a buscarme. Aquel misterioso ser, aquel personaje de pesadilla que había acabado ya con Ralph y con John, se disponía a acabar conmigo. Estaba allí. Sólo esperaba una

situación favorable, una oportunidad para deshacerme a hachazos como había deshecho a los otros.

El conserje insistió:

—Señor Sexton… ¿Qué pasa? ¿No me contesta?

Pero yo no podía hacerlo. Sentía un nudo en la garganta y me daba cuenta de qué era lo que pretendía aquel monstruo: que yo saliese. Quizá inventaría algún pretexto para hacerme salir. En la calle yo era una víctima fácil.

—¡Señor Sexton!

Era de nuevo la voz del conserje y a mí me pareció como si llegara del otro mundo. Reaccioné y dije con voz que parecía natural del todo.

—Muchas gracias por avisarme. Lo tendré en cuenta.

—¿Aviso a la policía?

—Si avisa a la policía ya no lo encontrarán. Además no es un delito seguirme, en el caso de que me haya seguido realmente. Gracias.

Y colgué.

La verdad es que por un momento había estado a punto de decirle que sí, que avisara a la policía, pero eso hubiera sido gastar la pólvora en salvas. La policía siempre llega metiendo ruido aunque no quiera. Y el monstruo que ya había causado dos crímenes —o tres contando a la pobre Lena— tendría mil oportunidades para huir en la noche.

Apreté los labios.

No, no… No debía llamar a nadie. Era mejor aguantar. Mis pensamientos eran claros Y seguían este orden:

«El monstruo, fuese quien fuese, quería matarme.

»Para eso necesitaba hacerme salir del hotel.

»Me telefonearía.

»Me daría cualquier excusa para obligarme a abandonar la habitación.

»Seguramente me diría que tenía una pista formidable.

»Querría hacerme caer en la trampa.

»Pero el que caería en la trampa sería él.

»Porque el monstruo no sabía que yo estaba avisado de su presencia. No sabía que yo esperaba precisamente su llamada.

»Por lo tanto la cosa estaba clara para mí: terriblemente clara. El

que me llamase dentro de unos instantes era el asesino».

Sentí junto a mí nuca el roce de las alas de la muerte.

Pero esta vez no me asustó ese roce. Esta vez pensé que estaba ya tan cerca del fin que valía la pena aguantar.

Por fin iba a desentrañarlo todo.

Me bastaría recibir una llamada telefónica…

* * *

Quise encender un cigarrillo, pero no pude. A pesar de todo me sentía nervioso. Mi cerebro zumbaba como un enjambre de abejas enloquecidas y las sienes me dolían terriblemente.

La claridad que me envolvía era siniestra.

El asesino sólo podía ser una persona que me conociese bien. Más claro: uno de los amigos del grupo a excepción de Dale, que era el único encerrado en una especie de tumba y controlado en todo momento.

Podía ser Peter.

O una de las dos chicas.

(Aunque eso último no quisiera ni pensarlo).

Pero de un modo u otro lo sabría, porque para hacerme salir del hotel le haría falta darme una cita y hablarme como un amigo.

Esperé con creciente impaciencia.

Mis sienes zumbaban.

El corazón me empezaba a hacer un daño insoportable.

¿Por qué tardaba tanto la llamada? ¿Es que me había equivocado en mis deducciones? ¿Es que todos mis pensamientos eran falsos?

De pronto me estremecí.

El teléfono sonaba.

Por unos momentos mantuve la mano crispada sobre él, negándome a descolgarlo, puesto que tenía miedo de descubrir la verdad. La horrible y viscosa verdad que habían descubierto los muertos. Pero el teléfono seguía sonando insistentemente, de modo que lo descolgué. Sabía que iba a oír una voz amiga… que era la voz del asesino.

Y, en efecto, fue una voz amiga.

Sentí frío en la columna vertebral.

Un frío terrible que vino acompañado de una sensación viscosa. Porque era la voz de la propia Magda.

CAPÍTULO XI

Nada pudo dolerme tanto como oír su voz en aquellos momentos. Magda era la más dulce, la más sincera de las amigas que había tenido. Magda era la persona en la que hubiera confiado hasta el fin, la única contra la que no hubiese abrigado jamás ni la sombra de una leve sospecha.

Y sin embargo, era ella.

Estaba acechando al otro lado del hilo.

Preparaba mi muerte.

—¿Sexton? —susurró.

—Sí, soy yo, Magda.

—¿Qué te pasa?

—¿Por qué?

—No sé… Tienes una voz extraña.

—Tú también la tienes un poco extraña, Magda.

—Es que estoy nerviosa.

—¿Por eso me llamas pasada la medianoche?

—Sí.

—¿Qué ocurre, Magda?

—Mira… Necesito que nos veamos.

—¿Ahora?

—Sí. Ahora.

Sentí el mismo estremecimiento de antes.

Y un terrible asco.

Y pena.

Sobre todo pena al pensar que una deliciosa mujercita como ella podía haberse hundido hasta tal extremo en un mar de sangre.

—La verdad es que no tengo demasiadas ganas de salir —dije.

—Sexton, te lo ruego…

Cada vez aumentaban mi asco y mi pena hasta hacérseme insoportables.

—¿Ocurre algo especial? —musité.

—Sí. He tenido una idea.

—¿Cuál?

—Sexton, esto resulta de difícil explicación, pero… ¡pero sé quién es el asesino!

—No me digas…

—Parece como si no me creyeras… —dijo ella con dolor e indignación al mismo tiempo—. Después de que solamente he confiado en ti me hablas en ese tono de burla… ¿Qué pasa, Sexton? ¿Es que piensas que quiero perder el tiempo?

—No, ya sé que no quieres perder el tiempo.

Lo curioso era que su voz sonaba con absoluta sinceridad. Lo curioso era que cualquiera la hubiese creído. Magda era la actriz más consumada, la asesina más hipócrita que jamás había puesto los pies en aquel país. En caso de no saber lo que me esperaba, yo hubiese seguido a pies juntillas su mandato.

—Si sabes quién es el asesino —susurré—, ¿por qué no me dices su nombre?

—Porque no vas a creerlo.

—¿Y por qué no había de creerlo?

—Sexton… ¡si te digo su nombre te reirás de mi! ¡Me dirás que estoy loca!

—Pues si habías de decírmelo fuera de aquí puedes decírmelo por teléfono, ¿no? El resultado será el mismo.

—No, Sexton.

—¿Por qué no?

—Necesito que lo oigas.

Me estremecí.

Era lo último que me faltaba.

—¿Al asesino se le oye? —musité.

—No —susurró—, no es a él. Pero, sin embargo, todo está claro como el agua, Sexton. Todo es espantosamente sencillo. El detalle que tú notabas, el detalle que no encajaba, está aquí. Yo lo tengo.

—¿Qué detalle?

—Por favor, Sexton… Ven. Yo tengo tanto miedo que no me atrevo a salir. El descubrimiento, a pesar de ser tan sencillo, es horrible. Sé que pueden estar acechándome para acabar conmigo en cualquier momento.

Su voz era patética.

Tanto que me sentía terriblemente inclinado a creerla que yo estaba dejándome seducir, estaba cayendo en la trampa sin darme cuenta.

Tomé una decisión.

Tratándose de Magda y estando yo sobre aviso, no podría nada contra mí. Yo era más fuerte. A los otros los había cazado por sorpresa, pero las circunstancias serian absolutamente distintas conmigo. Ya que había preparado mi muerte, yo podía hacerla caer en su propia trampa.

—¿Adónde debería ir a verte? —pregunté.

—Estoy ahora en el hotel du Rhone.

Hice un rápido cálculo de los caminos que podía seguir para llegar hasta el sitio donde Magda me citaba. Y no me sorprendió en absoluto comprobar que el camino más lógico era el que atravesaba el bosquecillo desde el que me acechaba la figura vestida de negro. Esa figura de negro era Magda. Yo tenía una cita con la propia muerte.

—Está bien —dije—. Iré ahora mismo. Salgo dentro de diez minutos. Justo ahora mismo terminaba de ducharme.

Y colgué.

Era mentira que me estuviese duchando. Era mentira que pensara salir dentro de diez minutos. Iba a salir inmediatamente después, iba a salir dentro de unos segundos para sorprender a la asesina, para plantarme ante ella sin darle tiempo a estar preparada.

Me deslicé fuera del hotel por la puerta lateral. De ese modo no podía verme si vigilaba la puerta principal como era lógico. Atravesé a la carrera la calzada por un sector sumido en sombras y me planté en el bosquecillo de la acera de enfrente. Desde que colgué el teléfono había transcurrido apenas minuto y medio.

No vi a nadie.

No se distinguía ni el menor rastro de la figura negra. Sorprendido, avancé por entre los árboles sabiendo que me exponía a un hachazo mortal.

Pero tenía que jugarme el tipo.

No iba a conseguir nada si no pescaba a Magda, por decirlo así, *con las manos en la masa*.

Mi sorpresa fue aumentando al darme cuenta de que allí no había nadie. Magda no me acechaba. No había querido prepararme ninguna trampa. ¿O quizá mi muerte estaba ya programada en otro sitio?

La verdad era que no lo entendía.

Una sola cosa había estado clara para mí en este mundo: apenas atravesara el jardín con el bosquecillo me atacarían. Era el sitio ideal. Pero entonces, ¿por qué no lo hacían? ¿Por qué dejaban que me escabullese de un lugar que ni pintado para el asesinato?

Salí de allí en busca de mi coche.

Nada ocurrió.

Pude poner el vehículo en marcha y alejarme sin que ni una leve sombra se cruzara en mí camino. Rodé hacia el hotel du Rhone, pero no lo hice directamente. Quise observar si alguien me seguía.

Di un par de vueltas.

Pasé por delante del hotel sin detenerme y al final, con unos ocho minutos de retraso sobre el horario lógico, estacioné el coche y me dirigí a la entrada principal. En ese tiempo no había notado ninguna presencia extraña.

Me dirigí al *comptoir*.

Detrás de las gafas, los ojos del conserje me miraban como los enormes ojos de un pez.

—¿La señorita Magda Fouquier? —pregunté.

—Ha salido, señor.

Hice una mueca.

Claro que tenía que haber salido.

Todo eso confirmaba mis malditas sospechas.

Si Magda me había telefoneado desde las inmediaciones del bosquecillo, no podía estar al mismo tiempo en el hotel du Rhone. Claro que tampoco dejaba de ser rara su ausencia, porque tenía tiempo de haber vuelto antes de que llegara yo.

—Parecía muy excitada la señorita Fouquier —dijo el conserje con tono algo desdeñoso, pensando que teníamos ligada una buena aventura.

—¿Ah, sí?

—Debe hacer unos cinco minutos que ha salido.

Me estremecí.

¿Cinco minutos?

¿Cómo era posible…?

¿Entonces no estaba ella en el bosquecillo cuando me telefonearon? ¿No era ella la figura negra que me siguió y que el conserje había visto?

De pronto todas mis convicciones se tambaleaban y me enfrentaba otra vez a un mar de horribles dudas. Con la mirada extraviada pregunté:

—¿Ha salido a la calle?

—Claro, señor.

—¿Hacia dónde ha ido?

—No lo sé, señor, pero ha estado unos instantes paseando por el vestíbulo. Parecía como si esperara a alguien. ¿Quizá a usted…?

No contesté.

Presa de una súbita sospecha, dominado por un sentimiento que era incapaz de controlar, salí del hotel. Fui por puro instinto hacia la calle de la izquierda, que era la más oscura. A aquellas horas nadie pasaba por allí. Ginebra es una ciudad burguesa y tranquila por donde la gente no deambula más que lo indispensable.

No se veía nada.

Las tinieblas me envolvían.

No había el menor rastro de Magda, de modo que decidí largarme de allí y mirar en la otra calle. Mis ojos pasearon por el suelo de una manera maquinal, indiferente, porque sabía que no encontraría nada. Y entonces vi la sangre.

La sangre resbalaba por la acera como un arroyo quieto, tranquilo y siniestro, Y en la calzada formaba un pequeño arroyo a veces rojo, a veces negro, que terminaba por perderse entre las sombras.

Sentí que la boca se me secaba.

Sentí que mis nervios vibraban como cuerdas de guitarra.

Igual que el que avanza rompiendo un muro de tinieblas, avancé hasta la pared lateral del hotel, a la que sólo llegaban oblicuamente los rayos de luz de una farola. Mis ojos se desencajaron entonces. De mi garganta escapó un breve rugido mientras contemplaba la cabeza separada del tronco que descansaba junto a la pared.

No fui capaz de más. Sólo pude pronunciar su nombre:

—Magda…

CAPÍTULO XII

Me es imposible decir cuánto tiempo estuve así, cuánto tiempo pasé reflexionando sobre aquel mundo de horror en que me había metido. Mis ojos contemplaban aquello como si no quisiera creerlo, como si algo me dijese que aquello era una pesadilla de la que iba a salir de un momento a otro.

El cuerpo de Magda yacía en el suelo, a poca distancia de la cabeza. Sin duda la habían matado de un solo, certero y terrorífico tajo. En su cara no había ni siquiera horror. Es muy posible que ni se diera cuenta de que moría.

El asesino, pues, tenía que ser joven, tenía que ser un auténtico verdugo de la Edad Media. Su fuerza y su precisión habían sido asombrosas, aun contando con que Magda debía estar inmóvil cuando la atacaron por la espalda.

El horror de la situación me ahogaba.

Pero también me ahogaban mis propios pensamientos.

Nada de lo que pensé antes era cierto. Magda no me había telefoneado para prepararme una encerrona. Magda no era la brutal y siniestra asesina que estaba acabando con todos nosotros.

Mi cerebro iba reconstruyendo los hechos como si los hubiera visto con mis propios ojos.

El asesino X —quien fuese— me seguía hasta el hotel con la intención de liquidarme. Era posible que buscase un modo de penetrar en mi habitación y atacarme estando yo dormido.

Me vigilaba oculto en el bosquecillo.

Pero se daba la casualidad de que, mientras tanto, Magda —la muchacha que sabía algo muy importante— me telefoneaba. Por lo tanto yo salía unos minutos después y el asesino quedaba sorprendido. ¿Adónde diablos iba yo? Decidido a averiguarlo antes de atacarme, me seguía. Unos minutos después no podía caberle ya la menor duda de que yo iba al hotel du Rhone. Incluso había

pasado dos veces por delante.

Ahora bien, ¿quién se alojaba en el hotel du Rhone? Magda.

Y el asesino lo sabía.

El asesino era alguien que estaba al corriente de nuestra organización y de nuestros movimientos.

Debió suponer que Magda quería decirme algo importante, porque si no, no me hubiese llamado a aquellas horas. Algo que tal vez revelaría su identidad. Por lo tanto se hacía preciso eliminarla antes incluso de eliminarme a mí.

Y en eso el asesino había tenido una maldita suerte.

Siguiendo mis dos paseos por delante del hotel, había visto salir a Magda, la cual debía estar impaciente por mí retraso hasta el extremo de esperarme en la calle. Yo no la había visto, pero el asesino sí. El asesino se había situado en la calle lateral y había esperado a que Magda fuese hacia allí al apreciar el movimiento de un coche.

Luego todo debía haberse desarrollado en unos dramáticos segundos.

Saltó entre las sombras, movimiento del hacha y… ¡Tlack!

Me estremecí de horror.

Mis propios pensamientos me ahogaban cada vez más, me impedían respirar.

Por eso mismo no me di cuenta de que algo se movía a mí espalda.

No me di cuenta de que… ¡el brillo del hacha estaba allí!

¡El reflejo del acero se había convertido en el reflejo de la muerte!

Pero a pesar de estar obsesionado, yo tenía los sentidos despiertos. No estaba tan embotado como para no darme cuenta de aquel leve roce. El leve crujido de un zapato en la acera hizo volverme una décima de segundo antes de que la tragedia se consumara.

Tengo buenos reflejos.

Estaría listo si ya los hubiera perdido, a mis treinta años.

Fueron los reflejos los que me salvaron, porque lo cierto es que apenas vi nada, excepto el brillo del hacha. Ladeé maquinalmente la cabeza y el filo del acero me rozó la oreja izquierda. Luego oí un siniestro crujido, cuando una pequeña parte de la pared del hotel

saltó a consecuencia del impacto.

Si el hachazo llega a alcanzarme de lleno la cabeza, ni me entero. Seguro que me la hubiera partido en dos, hasta el nacimiento mismo del cuello.

Mis ojos estaban desencajados.

Miré.

Me enfrenté a aquel universo de horror.

Magda había muerto, pero yo al menos había conseguido algo. Yo tenía delante… ¡la cara del asesino…!

¿La cara?

¿Realmente la tenía delante?

Las circunstancias no me acompañaron esta vez. A causa de la violenta flexión de su tronco, al asesino se le había inclinado el sombrero sobre los ojos. No pude ver nada excepto aquel sombrero y la inmensa mancha negra de la capa que le cubría hasta los pies. En el primer instante me pareció realmente el propio Emmanuel Morson. Un segundo después me di cuenta de que podía también ser otra persona, pero no pude precisar si se trataba de un hombre o de una mujer. No pude precisar ni eso.

La estatura y la fuerza parecían las de un hombre, pero la estatura se puede aumentar mediante unos zapatos trucados, y en cuanto a la fuerza, una mujer entrenada y joven puede hacer también cosas muy espectaculares. No tenía ninguna seguridad. No sabía ante quién me encontraba.

Tendí la mano ansiosamente.

Quería arrancar aquel sombrero. Quería encontrarme ante la maldita cara del monstruo. ¡Necesitaba ver…!

Pero tampoco pude. El hacha, aunque con el filo mellado por el impacto contra la pared, volvía hacia mí. Tuve que dar un salto hacia atrás y apartarme. A mis ojos llegó solamente una siniestra imagen negra.

El salto me había situado en la zona de luz contigua a la entrada principal del hotel, de modo que hasta allí el asesino no podía llegar sin correr el gravísimo peligro de ser visto. Oí un brusco rechinar de dientes y ya no distinguí nada más. De pronto la silueta negra se esfumó entre las sombras.

Vacilé sólo unos segundos, hasta darme cuenta de la verdadera situación. Luego salté hacia adelante. Quería perseguir al monstruo

aunque fuera hasta el fin del mundo. Di un traspié al resbalar casi en la propia sangre de Magda.

Me horroricé de mí mismo.

Lancé un débil gemido.

Aquellos segundos de vacilación, durante los que me enfrenté de nuevo al mundo del horror, resultaron fatales. A duras penas pude distinguir un coche negro que se alejaba velozmente de la línea de vehículos aparcados y cuya matrícula no pude distinguir. Pero tampoco me hubiera servido de gran cosa, porque seguramente estaba cambiada.

Comprendí que mi coche estaba estacionado demasiado lejos.

Cuando llegara hasta él y lo pusiera en marcha, el otro ya se habría perdido entre las calles de Ginebra. Precisamente sólo necesitaba atravesar el puente del Mont Blanc, junto a la isla de Rousseau, para hundirse en las profundidades del barrio viejo.

De todos modos fui a correr. Pero la voz del conserje, extrañado por mi actitud, me detuvo en seco:

—¿Pasa algo, señor…?

Había salido a buscarme.

Lo miré sin saber qué contestar, como si yo estuviese hipnotizado. Había perdido por completo el control sobre mis propias palabras. Al fin señalé maquinalmente hacia la calle lateral teñida de sombras.

Lo que sucedió después fue una pesadilla sin nombre. Creo que entré en el hotel. No sé de dónde saqué una botella. Cuando los policías vinieron a buscarme, estaba bebiendo de tal modo que tuvieron que sujetarme entre cuatro. Y así me llevaron a la jefatura, muy cerca de donde había muerto John, pero no quise separarme de la botella. Fue una suerte, porque no entendí la mitad de lo que me dijeron. A veces incluso es útil estar borracho. Es consolador estar como una cuba.

CAPÍTULO XIII

Cuando me soltaron al día siguiente, me sentía ya mucho más sereno y podía reflexionar sobre la situación. No se me hizo ninguna acusación concreta, porque el conserje del hotel declaró en mi favor y dijo haber visto un coche negro que huía. Se dictó una orden de búsqueda de un automóvil de aquella clase, disponiéndose también la captura de un hombre o mujer de edad indefinibles, de metro ochenta de estatura aproximadamente, vestido con una capa negra y un sombrero del mismo color y armado con un hacha.

No era gran cosa, realmente.

Incluso, según como miraba uno la situación, ésta movía a risa. Imaginar que la policía iba a encontrar un fantasma semejante paseándose por las orillas del lago Leman, era como imaginar que de éste iba a salir de pronto un dragón de siete cabezas.

Así no iría a ninguna parte.

El jefe de policía me informó:

—Le advierto que, si el juez no decide lo contrario, se le declarará a usted extranjero indeseable y será expulsado del país. En el caso de que el juez decida que es interesante su permanencia aquí para interrogarle, no será puesto aún en la frontera. Pero en caso contrario ya puede ir haciendo sus maletas. No necesitamos aquí a tipos como usted.

Me aguanté.

Era inútil decirles que yo no era culpable, sino víctima. No me escucharían. Lo que quieren los policías de todos los países es quietud y que nadie les fastidie la siesta.

Lo curioso era que nadie hubiera vuelto a acordarse de Dale Went. En cierto modo resultaba lógico, puesto que Dale Went era el único totalmente limpio de sospecha. Pero ¿y Olga? ¿Y Peter? ¿Por qué no sospechaban de ellos como de mí mismo?

Parecía haber envejecido diez años cuando me acerqué de nuevo

a la *roulotte* estacionada frente al castillo de Morson. La que cubría la guardia era Olga. Ante mi ausencia, Peter y ella habían hecho turnos de veinticuatro horas seguidas.

Menos mal que en la *roulotte* habían podido dormir.

Pero también vi a la muchacha completamente destrozada. Bajo sus párpados se dibujaban unas profundas ojeras. Le temblaban las manos y también parecía haber envejecido diez años. Ni siquiera estaba bonita.

Durante bastante rato no cambiamos una sola palabra. Le ofrecí un cigarrillo y luego me puse otro entre los labios. Los encendimos con movimientos calmosos, como si nos faltara el vigor hasta para eso.

—No hace falta hablar —musité—. Ya conoces lo de Magda.

—Sí…

—¿Cómo te has enterado?

—Por la Prensa. La noticia ha sido bastante destacada, a pesar de lo moderados que son los periódicos de este país. Lo que me extraña es que no hayan llegado reporteros franceses atraídos por este carnaval de muerte. Según y cómo se mire, todo esto es un notición.

Incliné la cabeza.

—Ya llegarán —dije con pesadumbre—. Ya llegarán.

—¿Cómo ocurrió realmente, Sexton…?

Estaba asustada, o al menos lo parecía. Yo no podía fiarme de ella porque podía ser la que tuve delante aquella macabra noche, envuelta en una capa negra. Tampoco podía fiarme de Peter ni de Emmanuel Morson, que podía estar vivo, ni de… ni de la propia esposa de Dale, que podía no estar muerta. A mí los cadáveres que no han podido ser identificados de una manera absolutamente cierta me infunden desconfianza desde el principio. A veces resulta que tienen una salud formidable.

—Verás, Olga —dije—, todo empezó cuando yo llegué al hotel…

Hice un relato de lo ocurrido aquella noche, desde que el conserje me advirtió que estaba seguro de que me habían seguido hasta que intenté perseguir inútilmente al asesino junto al hotel du Rhone.

Ella me escuchaba con atención.

Sus finas facciones estaban crispadas. Sus labios formaban una

extraña mueca que la envejecía aún más.

—Cuando Magda te llamó es porque había descubierto algo muy importante —dijo.

—Cierto… Pero lo más importante es que se tuvo que llevar su secreto a la tumba.

—¿Qué pudo ser lo que ella notó?

—No tengo ni idea. No quiso anticiparme ni un solo dato, a excepción de dos cosas. Una de ellas que me asombraría al conocer el nombre del asesino.

Olga se estremeció.

Parecía pensar lo mismo que yo en aquel momento.

Que la muerte se cernía sobre todos los que aún estábamos vivos. Que nadie acabaría en pie aquella diabólica aventura.

—Cierto… —dijo—. Yo también pienso que el nombre del asesino nos causará tanto asombro que no podremos creerlo. ¿Pero qué te dijo más?

—Me dijo que *oiría*.

—¿Oír? ¿Qué?

Llevé un momento las manos a mis ojos. Me sentía tan nervioso que no pude evitar una crispación.

—No lo sé, Olga… No puedo ni imaginarlo siquiera. En el caso de tener la menor pista ya me habría lanzado por ella.

—¿Quizá grabó la voz del asesino?

—La voz del asesino no debe tener nada de especial. Por otra parte en las cintas están grabadas las voces de todos nosotros. Y las voces de los médicos y los psicólogos que han mantenido conversaciones con Dale Went. No creo que por ahí lleguemos absolutamente a ninguna parte.

—¿Magda tenía cintas magnetofónicas en su habitación del hotel?

—Como todos nosotros. Todos tenemos copias, así como de las fotografías que obtuve. Eso no prueba nada.

—¿Quieres que las repasemos?

Me encogí de hombros.

—Es una forma como otra cualquiera de perder el tiempo, pero de todos modos… ¡adelante!

Colocamos en el perfectísimo magnetófono todas las grabaciones originales de nuestras conversaciones con Dale Went. Las

escuchamos con atención, admirándonos una vez más ante la perfección del sonido, pero la verdad era que no contenían nada de interés. Eran conversaciones de rutina.

Y además yo tenía razón. Allí habíamos hablado todos. No sólo los que estábamos de guardia sucesivamente en la *roulotte*, sino el médico y el psicólogo que habían venido a veces para dar consejos a Dale y hacerle preguntas. A ratos las conversaciones resultaban bastante animadas. Pero ni una palabra extraña, ni una voz con inflexiones especiales, ni un consejo desacertado… Nada.

Todo era tan correcto, tan normal que le infundía a uno sueño.

Olga cortó el funcionamiento de la máquina.

Luego susurró:

—Tienes razón. Por aquí no llegaremos a ninguna parte.

—¿Pues entonces por dónde hemos de investigar?

—No lo sé. Cuando la misma policía no ha estado husmeando por aquí, es porque sabe que no hay nada.

Cerré los ojos.

Olga musitó:

—¿Qué te pasa?

—No lo sé. Si he de decirte la verdad, no me pasa nada. Y sin embargo…

Me miró ansiosamente.

—¿Sin embargo qué…? —bisbiseó.

—Había *algo*… —dije—. Yo lo noté desde el primer momento, pero no supe en qué consistía. Lo peor es que no lo sé aún. Noté una cosa que no era normal, pero he dado mil vueltas a todo y no sé aún dónde está esa cosa. No sé si se encuentra en alguna palabra dicha, en algún sonido, en alguna dirección de las que hemos dado y que no cuadra… Incluso puede que la anormalidad esté en alguno de los consejos que el médico y el psicólogo han dado a Dale Went. Hay *algo*, pero no sé dónde está. A veces tengo la sensación de que voy a volverme loco.

—En las palabras no puede ser —dijo Olga, recapitulando—. Las hemos escuchado con el mayor interés y todas son normales.

—En los datos técnicos que nos facilita Dale tampoco puede haber nada extraño —musité yo—. El médico dice que son correctos. Incluso la temperatura del ambiente en que se encuentra tiene que ser exacta.

—¿Pues en qué…?

—Tal vez las direcciones —dije.

Escuchamos otra vez las cintas y tomamos notas por si había algo que no cuadraba. Ninguna dirección habíamos suministrado a Dale, puesto que él no podía moverse de allí, y muy pocas nos había suministrado él a nosotros. En cierta ocasión envió a Magda a que renovara su seguro porque iba a vencer el plazo. A mí me había encargado dos gestiones en su Banco, para una provisión de fondos. También a Peter le había rogado que pagase unos francos a una empresa de reparaciones que había hecho unos arreglos en el castillo.

Eran cosas normales en un hombre rico como él, ligado a una gran familia.

Olga musitó:

—Todo es normal. Las direcciones concuerdan. Y las gestiones resultan muy lógicas, pues se trata de asuntos que Dale no podía abandonar pese a estar encerrado ahí dentro.

—Cierto —dije.

—¿Hay más?

Pasé un dedo por mis labios.

—Sí —musité—. Ahí está grabado. Nos encargó una gestión que no se ha hecho. Precisamente me la encargó a mí y no comprendo cómo he podido olvidarla.

—¿Qué gestión?

—Tú la has oído como yo mismo. Me refiero a esa visita al médico para que le dijese si tenía que seguir tomando el mismo calmante o no.

—Ah, ya… Un médico que no es el que le visita ahora y le da instrucciones a través del teléfono. Uno distinto, ¿verdad?

—Exacto. Es otro.

Y anoté la dirección tal como la había recogido la cinta: número 18 de la Place du Marché. Doctor Bigail.

—Iré a verle —dije—, y comprobaré esa dirección. ¿No te importa prolongar un poco más tu guardia, Olga?

—No te preocupes. Estoy muy cómoda aquí.

—Entonces voy. Si existe alguna contradicción hemos de encontrarla. Estoy seguro de que se trata de algo que *hemos oído*, pero no le hemos dado importancia. La única que supo profundizar

fue Magda, y a consecuencia de eso ha muerto. Creo que la clave tiene que estar en esa dirección.

—Prueba, Sexton. Y ojalá tengas suerte.

Tomé mi coche y regresé a Ginebra. No he de negar que estaba lleno de esperanzas. La contradicción existía, no me cabía la menor duda, y el único dato que me faltaba por comprobar era la dirección y nombre de aquel médico. Podía estar allí la clave de un misterio que constituía ya una pesadilla.

Estacioné el coche en la Place du Marché.

Propiamente, ésta no forma ya parte de Ginebra. Está muy en las afueras. Hay que seguir la rué Carouge para dejar la verdadera ciudad atrás y meterse en sus suburbios, que sin embargo tampoco están lejos del centro. Vi que era un lugar tranquilo, con un cine de medio pelo y un ambiente de clase media más bien baja. No me pareció el mejor sitio para que viviese el médico de un millonario como Dale Went.

De modo que allí podía estar la contradicción que buscábamos.

Podía estar la clave, aquello que yo había notado sin saber qué era.

Me dirigí hacia el número 18 y mis esperanzas se hundieron. En efecto, allí vivía el doctor Bigail. No existía la menor contradicción. Resultó ser un hombre simpático que me recibió enseguida al saber que yo era amigo de Dale.

—En realidad no soy su médico personal —dijo—. Le atendí por pura casualidad, ya que desgraciadamente no tengo clientes millonarios como el señor Went.

—¿Qué casualidad?

—Sufrió un accidente de coche cerca de aquí.

—No lo sabía…

—Pues hace bastante tiempo… Cosa de un año. No se dio publicidad al asunto porque la cosa no tenía importancia, aunque para el señor Went sí la tuvo.

—¿Es que sufrió heridas graves?

—No demasiado.

—¿Por qué, pues, ha necesitado un tratamiento incluso después de un año?

—No es exactamente un tratamiento. Lo único que él pregunta es si puede seguir tomando un calmante.

—¿Un calmante para qué?

El doctor Bigail sonrió.

—Pues… para lo que sirven todos los calmantes. Para aliviar un dolor que no tenga demasiada importancia.

—¿Por lo tanto Dale aún sufre alguna dolencia a causa de aquel accidente?

—Sí, aunque prácticamente puede considerarse curado. Lo único que sufre ahora son algunas pequeñas crisis que irán pasando.

—¿Pero qué clase de dolencias sufre? ¿En qué sitio de su cuerpo están concentradas? Perdone que le haga estas preguntas, pero es mi amigo. Y todos nos hallamos metidos en un conflicto del cual usted ya debe tener noticias por la Prensa. No sé cómo vamos a salir de él.

El doctor Bigail siguió sonriendo, pero hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Lo siento —dijo—, pero el secreto profesional me obliga a no hablar de las enfermedades de mis pacientes. Compréndalo. No es que la cosa tenga demasiada importancia, pero cometería una indiscreción hablando de eso aunque usted sea amigo del señor Went.

Apreté un momento los labios.

Un volcán rugía en mi cerebro en aquellos momentos. Mis pensamientos eran un auténtico torbellino.

—Doctor Bigail —musité—, quizá voy a decir algo que le hará lanzar una carcajada, pero no puedo olvidar preguntárselo. ¿Pudo Dale Went matar a su mujer?

El otro se quedó amarillo.

Balbució:

—Pero ¿qué dice? ¿Por qué había de matarla?

—Quiero decir que… En fin, Went podría estar loco.

—¿Y por qué habría de estarlo?

—Voy a decirle con toda claridad lo que pienso. Quizá las lesiones que sufrió Dale Went en aquel accidente fueran cerebrales y por eso quedó trastornado. Quizá usted no quiere hablarme de ellas porque sabe que su cliente, a consecuencia de aquello, puede sufrir crisis de locura.

El doctor Bigail lanzó una carcajada.

Fue una carcajada franca, alegre, en la cual no había el menor

síntoma de doblez. No me cupo la menor duda de que era un hombre sincero y de que, en efecto, consideraba las lesiones de Dale como carentes de importancia. No me cupo la menor duda tampoco de que yo acababa de decir una solemne tontería.

—Le aseguro que la cabeza del señor Went no sufrió en absoluto —dijo—. Por favor, ¿pero cómo ha podido usted pensar eso? Simplemente, al sufrir el choque, resbaló sobre el asiento del coche y se clavó en la entrepierna, aunque ligeramente, una pieza del freno de mano, que estaba situada en aquel modelo debajo del volante. La consecuencia fue que sufrió una leve lesión en un sitio difícil de mencionar… En fin, le voy a ser absolutamente claro, aunque quizá falte un poco a mis deberes profesionales. El señor Dale Went sufrió molestias en los testículos durante un tiempo, y pasó por algunas crisis dolorosas, aunque en realidad no era nada grave. No fue a su médico habitual porque la cosa era fastidiosa de explicar. Dejó la curación en mis manos, por el hecho de que yo fui el primero en atenderle y el que llevó bien su caso desde el principio. Ahora está completamente curado. Como le digo, sólo tiene alguna pequeña molestia.

Asentí con una cabezada.

He de decirle a usted, amigo mío, que en ese momento me sentía avergonzado. Había llegado a dudar de Dale Went, le había considerado poco menos que como un loco peligroso. Hice un gesto de disculpa ante el doctor Bigail mientras me ponía en pie.

—Tengo la sensación de haber hecho un poco el ridículo al dudar de Dale —dije—. Confío en que no le explicará esto.

—Puede tener la seguridad de que no lo haré. Ah… Y dígale que ya no es necesario que tome ese calmante, porque a la larga le podría producir efectos secundarios nocivos. Si aún tiene alguna pequeña molestia, más vale que se aguante. Se le pasará.

Me acompañó hasta la puerta y allí terminó la entrevista, una entrevista donde yo no adelanté absolutamente nada. No veía la contradicción por ninguna parte. Repasándolo todo, me daba cuenta de que no había adelantado un paso. En efecto:

«Las palabras grabadas en las cintas eran perfectamente normales e incluso rutinarias. No había en ellas nada que se saliera de lo corriente.

»Todas las direcciones que Dale nos dio eran correctas y no

había tras ellas ningún personaje misterioso.

»Las reacciones de todos los que entrábamos en aquel juego habían sido de lo más normal. Nada llamaba la atención aunque uno repasara los acontecimientos cien veces».

Todo esto era indiscutible.

Pero entonces, ¿qué había notado la pobre Magda? ¿Cómo había llegado a descubrir el nombre del asesino? ¿Qué había oído?

Mientras avanzaba a pie hacia el Ródano, tuve que cerrar los ojos porque sentía vértigo otra vez.

Nada tenía sentido.

Había que pensar en muertes causadas por alguien del Más Allá. Había que pensar lo que ya opiné al principio: que estábamos todos metidos en una especie de infierno.

Pero aún me faltaba algo por ver. Aún me faltaba algo que me haría lanzar un grito de horror.

Yo, entonces, aún no lo sabía.

CAPÍTULO XIV

Aunque la policía seguía nuestros pasos, no se acercó en absoluto a las inmediaciones del castillo de Morson. La organización social suiza es muy respetuosa con las grandes fortunas y con los apellidos importantes, entre los que los Morson ocupaban un lugar de honor. Por esa razón no se atrevieron a perturbar la intimidad del castillo, a pesar de saber que allí había un hombre encerrado en busca de un fantasma. Era un experimento que no tenía sentido, pero debo reconocer que la policía no se metió en eso. Con nosotros fueron maravillosamente discretos.

Eso nos permitió seguir nuestro ritmo durante las veinticuatro horas siguientes sin que nada especial ocurriera. Por suerte no llegaron reporteros franceses atraídos por los crímenes, de modo que en ese sentido tampoco nos molestó nadie.

Las guardias nos las repartimos entre Olga, Peter y yo. El antiguo grupo había quedado reducido a nosotros tres, sin contar a Dale Went, que a estos efectos era como si no estuviese. Dale nos enviaba los mensajes a las horas acordadas y nosotros llamábamos algo más tarde. Un médico y un psicólogo seguían escuchando las cintas por si había alguna anormalidad o por si apreciaban algún síntoma que hiciera necesaria su intervención.

Pero la verdad fue que todo se desarrolló normalmente.

Tan normalmente que nuestros nervios seguían crispados y a punto de estallar. Nada hay peor para un hombre amenazado que ver que todo tiene un ambiente pacífico, sin poder saber de dónde diablos le va a venir el golpe.

Al cabo de veinticuatro horas tuve por teléfono una conversación muy seria con Dale Went.

—Muchacho —le dije—, creo que debemos dejar todo esto.

—¿Por qué?

—Ya se han producido demasiadas muertes que no tienen

sentido. Los tres que estamos aquí nos sentimos amenazados. No es cobardía, ¿sabes? Es sentido común. Por otra parte, ahora sí que podemos estar seguros de que no vas a encontrar nada.

La voz de Dale sonó con cierta irritación.

—¿Por qué no voy a encontrar nada?

—Verás… Tú no puedes recibir periódicos porque no hay en ese maldito castillo un hueco por dónde meterlos. Tendríamos que echarlos por la chimenea, y me temo que llegarían bastante tiznados. Pero en cambio, puedes seguir los programas de la radio y la televisión, y entre ellos y lo que te hemos dicho tienes ya bastantes noticias de lo que ocurre. Por lo tanto sabes que el fantasma que acabó con tu mujer no está dentro del castillo, sino fuera. No sabemos quién es, pero una sola cosa es segura: está fuera. Por lo tanto no haces más que perder el tiempo, Dale.

Su voz volvió a sonar irritada. Yo me hacía cargo que a un hombre que tiene una idea fija le molesta que traten de sacarle de ella. Dale Went insistió en que estaba seguro de que allí encontraría algo; nos dijo que buscaba sin descanso y que estaba a punto de dar con pistas interesantes.

—Pero esas pistas, ¿en qué consisten?

—Ya te lo explicaré. Por el momento es una cosa algo inconcreta, pero lo sabréis a su debido tiempo.

—Oye… ¿tú preguntabas algo a tu mujer?

—¿Preguntar? ¿Qué?

—No sé… Algo que ella no quería decirte.

La voz de Dale sonó con perfecta claridad, con tanta claridad como si lo tuviera delante.

—Muchacho, no te entiendo. ¿Qué demonios iba a preguntar yo y que ella no quisiera decirme? ¿A qué viene eso?

—Verás… Quizá todo esto sea absurdo, pero en una agenda de notas ella escribió la palabra: «No». También la dejó marcada en otros sitios, como por ejemplo un espejo de su tocador y una columna del sótano. Parece como si hubiera una negativa que la obsesionaba. No tengo idea de lo que es, y por eso te lo aseguro.

Él debió negar con la cabeza. Casi oí el chasquido de sus vértebras cervicales al girar bruscamente.

—¿Y qué diablos puedo decirte yo, Sexton? Quizá mi mujer estaba algo rara últimamente, pero todo debe atribuirse a la pérdida

del hijo. Tú puedes imaginar lo que es eso para una chica que aún no ha tenido descendencia.

—Me hago cargo, Dale.

—Por lo tanto será mejor que olvides, aunque estoy dispuesto a aclararte todo lo que sea. Yo seguiré investigando aquí y reuniendo datos.

—Lo que vas a *reunir*, amigo mío, va a ser una preciosa colección de reumas. Debes tener ahí dentro una humedad espantosa.

—¿Cómo lo sabes?

—En primer lugar, por las temperaturas del ambiente que tú nos transmites en todos los informes. En segundo lugar, porque vi esos sótanos antes de que te encerraras en ellos. Causaban impresión, maldita sea. Y hasta hay un tercer motivo: estoy oyendo el gotear del agua que cae desde el techo. No imagino cómo puedes seguir ahí.

Él rió amargamente.

—No es agradable, claro, pero me lo he combinado bien. Sólo bajo al sótano, donde está el equipo magnetofónico, a la hora de enviaros los informes. Para dormir he elegido otros sitios bastante más confortables.

—¿Y… no tienes miedo?

—Siempre cierro las puertas bien —me contestó Dale—. Además he perdido el miedo del todo, te lo aseguro. Emmanuel Morson y yo nos conocemos demasiado bien.

Hice una mueca.

Aquel chiflado estaba seguro de que los crímenes los había cometido Emmanuel Morson. Pero un hombre de más de noventa años no manejaría el hacha con la fuerza y la precisión con que yo le había visto manejarla, a menos que… En fin, a menos que su estancia en Transilvania le hubiera dotado de poderes que ya entraban de lleno en el campo del vampirismo.

Y como yo no podía creer en eso, dije secamente:

—Estás loco, Went.

Y colgué.

No quería creer en vampiros ni quería creer en fuerzas sobrenaturales. No entraba en mis propósitos volverme loco como sin duda ya lo estaba Dale Went. Todo aquello, al fin y al cabo,

debía tener una explicación lógica.

Pero los acontecimientos me demostraron que no.

Los acontecimientos me demostraron que seguíamos envueltos en un horrible muro de tinieblas.

* * *

Quizá a usted le sorprenda saber que Peter, la próxima víctima, no acabó sus días de una forma tan sangrienta y tan espectacular como los otros. Si he de ser sincero le diré que Peter no derramó una sola gota de sangre, pese a lo cual su fin fue igualmente cruel. Más cruel incluso que el de las anteriores víctimas. Y que yo tuve una participación en el asunto como la había tenido, en cierto modo, en la muerte de Magda.

Pero no, no sospeche usted de mí.

No le estaría contando todo esto si yo fuera el asesino.

No hablaría de este modo. ¿O quizá sí?

Quizá usted se ha estado preguntando si yo no soy un hipócrita inmenso. Si no hago el papel de una persona honrada cuando en realidad soy otra cosa. Pero puedo jurarle, amigo lector, que no he mentido en ningún detalle. Puedo jurarle que las cosas sucedieron como yo se las estoy explicando. Ahora bien, si usted quiere sospechar de mí, es muy libre de hacerlo. Por mi parte, lo lamentaría.

Como le digo, tuve una participación en la angustiosa muerte de Peter. Todo empezó cuando le expliqué mi visita a Humboldt, el que había sido sirviente de mayor confianza (una especie de mayordomo) en el castillo de los Morson.

—¿Y dices que estaba pintando? —me preguntó.

—Sí, pero eso no tiene nada de extraño.

—¿Qué pintaba?

—Pues… no lo sé. La verdad es que no llegué a ver ningún cuadro.

—¿Dices que lo que pintaba lo ocultó con un lienzo?

—Sí.

—¿Y que los otros los tenía todos vueltos hacia la pared, de forma que sólo se veía la parte trasera de la tela?

—Pues… también. Sí, es cierto. Parecía tener un gran interés en que nadie viera ninguno de aquellos cuadros.

—¿Los pintaba de memoria?

—Efectivamente, así debía ser. A menos que pintara siempre el paisaje que veía desde su ventana.

—No, eso no me parece posible… —dijo pensativamente Peter —. Debía pintar de memoria algo que le obsesionaba. ¿Pero qué…? ¿Y a qué se debe ese interés en que ningún extraño pueda ver lo que está haciendo?

La verdad era que aquellas preguntas no me las había planteado seriamente hasta entonces, a pesar de que flotaban en mi cerebro. Le dije a Peter que no teníamos modo de averiguarlo a menos que entráramos por la noche en su estudio de la rué de France, cuando estuviésemos seguros de que él se encontraba fuera.

Peter asintió.

—Voy a hacerlo yo —dijo de pronto.

—¿Queeeé…?

—Una persona sola puede tener éxito. Dos llamarían la atención. Vigila la casa y cuando veas que Humboldt sale me telefoneas. Yo estaré muy cerca. Entraré en su estudio y lo veré todo en cinco minutos. Ese tiempo me basta. Ni siquiera llegará a sospechar que alguien ha entrado allí.

—Me parece un plan correcto, Peter. ¿Pero quién hará la guardia mientras tanto en la *roulotte* por si a Dale le ocurre algo?

—La hará Olga. No creo que tenga inconveniente, puesto que puede dormir junto al teléfono.

—De acuerdo, Peter. Trato hecho.

Mi misión de vigilancia no me ocupó demasiado tiempo. Habían dado las diez de la noche cuando observé que Humboldt salía. Quizá iba a cenar fuera o a la última sesión de algún cine. Seguro que a aquella hora no iba a comprar el periódico ni cigarrillos, de modo que deduje que tardaría al menos media hora.

Llamé a Peter, que estaba esperándome en un café cercano a la estación, a fin de que nadie nos pudiera ver juntos cerca del estudio de Humboldt. Peter tomó un taxi y se presentó allí minutos después. Yo le vi descender, le hice un solo gesto indicando que todo estaba conforme y me alejé para sustituirle en el puesto del café que él había ocupado antes. Cuando Peter hubiese terminado, muy poco

después, vendría a informarme.

La última visión que tuve de él fue la de su espalda desapareciendo en el portal, mientras sin duda inventaba una mentira para contársela al conserje de noche. Luego ya no le vi más.

No sabía aún que sólo volvería a verle en la Morgue, cuando las manos del monstruo se hubieran posado sobre él.

Peter, por supuesto, tampoco sabía que el monstruo acechaba nuestros pasos. No llegó a sospecharlo siquiera.

* * *

Y sin embargo, en unos segundos cruciales, Peter llegó a intuir, a descubrir casi la clave de todo aquello. Fue al alzar el paño negro que cubría la pintura que estaba terminando Humboldt.

El estudio se hallaba a oscuras, pero Peter se permitió el lujo de encender una luz. Al fin y al cabo, Humboldt no iba a volver de momento. Alzó el paño y miró lo que había reproducido en aquel cuadro.

Una exclamación de asombro partió de su garganta.

Bruscamente, sólo con ver aquella cara, comprendió muchas cosas. Se dio cuenta de cuál era el secreto de Humboldt. Adivinó cuál podía haber sido el secreto del castillo de Morson.

Volvió la espalda.

Una actividad febril se apoderó de él.

Había numerosos cuadros apoyados en la pared, de espaldas al espectador, de modo que no se podía ver lo que representaban. Pero Peter los fue girando uno a uno mientras lanzaba sucesivas exclamaciones de asombro. Sus ojos se empaparon de aquella imagen repetida una y otra vez, se llenaron de aquella obsesión que había ocupado a Humboldt durante los últimos años.

Porque cada uno de los cuadros tenía la fecha al pie, lo cual indicaba que su autor llevaba tiempo y tiempo inspirándose en el mismo modelo. Es decir, pintando la misma cara. Esa cara había llenado su vida, había llegado a ser una auténtica obsesión para él.

Peter entrecerró los ojos.

Ahora veía claras muchas cosas.

Notó que unas gotitas de sudor frío asomaban a sus sienes. No

era tonto y supo relacionar unos sucesos con otros. Entonces buscó el teléfono para llamarme.

Tenía que darse prisa.

Actuando los dos a tiempo, podríamos atrapar a Humboldt apenas llegase.

Se dio cuenta entonces de que el teléfono no estaba en la sala principal, sino enchufado en un supletorio del cuarto de baño. En la bañera había mucha agua ligeramente manchada de jabón. Sin duda Humboldt se había bañado antes de salir, pero como el desagüe funcionaba mal, la bañera aún no se había vaciado.

Peter descolgó el auricular.

Fue a marcar el número del café, adonde yo ya habría llegado seguramente en el taxi, para pedir al camarero que me llamase.

Estaba inclinado sobre la bañera.

No vio la sombra negra que se cernía sobre él.

No vio la capa negra que se arrastraba casi por el suelo. No vio los ojos diabólicos.

Ni sintió la respiración caliente en su nuca.

En realidad Peter no llegó a enterarse bien de nada a partir del momento en que aquel golpe se abatió sobre él. Fue un golpe seco, clavándose el canto de la mano en su cerebelo y haciéndole vacilar. Todo lo que sucedió a continuación fue como una pesadilla, como una lejana agonía, como una muerte vista a través de la niebla.

Dos manos empujaron la cabeza de Peter, después de sujetarla bien. La hicieron inclinarse sobre el agua de la bañera.

Peter apenas pudo lanzar un gemido.

Notó que su cara se hundía en el agua.

El corazón le hacía daño a causa de la excitación y el nerviosismo. Intentó respirar mientras le acometía un espasmo. El agua jabonosa penetró hasta el fondo de sus pulmones y le hizo toser angustiosamente.

Eso fue lo peor para él.

La cabeza de Peter se vio sacudida por una serie de espasmos en cadena. Ya no pudo controlarse. Cada vez que tosía tragaba agua. El jabón le irritaba tanto que no podía dominarse.

El monstruo apenas necesitaba hacer fuerzas.

Mantenía la cabeza bajo el agua mientras el otro tragaba más y más, como si deseara forzar la marcha hacia la muerte. Los ojos de

Peter se nublaron enseguida. Su garganta quedó como agarrotada y ya no pudo siquiera tragar. La asfixia fue rápida.

Apenas un minuto más tarde, Peter era un cadáver. Su asesino lo acabó de inclinar sobre la bañera y lo depositó prácticamente dentro de ella. El agua subió de nivel, llegando casi hasta el borde, sumergiendo por completo el cadáver.

El asesino se alejó.

La capa negra volvió a rozar el suelo.

Lanzó una maldición al ver los cuadros, pero no se entretuvo allí. Se quitó la capa y la dobló bajo el brazo como si fuera una manta. También se quitó el sombrero, el cual tenía entre sus manos un aspecto mucho menos siniestro que él que tenía puesto en su cabeza. La apariencia que entonces se hubiera ofrecido a los ojos de cualquier testigo era la de un ser enteramente normal, aunque de lejos —e incluso desde bastante cerca— nadie hubiera podido decir si era hombre o mujer, pues ahora muchas mujeres visten igual que los hombres y viceversa. La longitud del pelo ya tampoco significa nada, de manera que a veces hay que acercarse a dos pasos de una persona para distinguir su sexo.

En ese momento pues, cuando la figura descendió por la avenida en dirección al Quai Wilson, junto al lago, nadie hubiera podido decir exactamente si se trataba de un hombre o de una mujer. La verdad sea dicha, nadie se fijó tampoco en aquella figura, que aprovechó para salir una distracción del conserje, del mismo modo que había aprovechado una distracción para entrar.

Fue media hora más tarde, al darme cuenta de que Peter no llamaba, cuando volví a la casa, pero no entré en ella. Humboldt acababa de regresar. Fue Humboldt el que descubrió el cadáver y el que se dio cuenta de que alguien había estado revisando sus pinturas. Llamó a la policía y poco después la noche se llenaba con el aullido de las sirenas y el parpadeo espectral de las luces intermitentes.

Permanecí en las sombras mientras miraba todo aquello con expresión aterrada.

Mientras me daba cuenta de que estábamos como al principio, de que nunca averiguaríamos la terrible verdad.

Cuando regresé al castillo de Morson yo también parecía un cadáver. Mis pensamientos se habían paralizado, mí capacidad de

reacción era nula. Además era incapaz de distinguir un objeto a diez pasos.

Estuve a punto de estrellarme dos veces.

CAPÍTULO XV

Desde lejos miré la lucecita de la *roulotte* en que estaba Olga, junto a la mole inmensa y siniestra del castillo de Morson. Le confieso a usted que una terrible pregunta me atormentaba en aquel momento y no me dejaba vivir: ¿Había permanecido Olga todo el tiempo en el vehículo, sin moverse de allí? ¿O había tenido tiempo de bajar a Ginebra, cometer el crimen y regresar antes de mi llegada, teniendo por lo tanto una coartada perfecta?

Claro que estaba expuesta a una cosa: A que Went hubiese telefoneado desde el interior del castillo durante su ausencia, encontrándose con que no había nadie a la escucha. Por eso, al entrar en la *roulotte*, me apresuré a hacer una prueba. Sin dirigir apenas un saludo a Olga, me dirigí al teléfono.

Me contestó la voz cansada de Went.

—¿Qué pasa…?

—Oye bien esto, Dale. ¿Has telefoneado en las últimas horas?

—¿Por qué?

—Es sólo una pregunta, una comprobación rutinaria, pero contéstame con toda exactitud: ¿Has telefoneado?

La voz de Dale Went negó:

—No, claro que no he telefoneado. Precisamente estaba durmiendo en santa paz. ¿Es de día o de noche?

—De noche. ¿Ya has perdido la noción del tiempo?

—Sólo me guío por los programas de la radio, pero hace horas que no la escucho. Estoy bastante aburrido de todo, ¿sabes?, pero aun así puedo continuar. Bueno, ¿qué ha pasado?

Dije con voz entrecortada:

—Más vale que continúes ahí.

—¿Por qué?

—Al menos no veo que dentro del castillo corras ningún peligro.

—Explícate mejor. ¿Qué diablos pasa?

—Han matado a Peter.

Y colgué.

No tenía fuerzas ni para seguir con aquella sencilla conversación. Apoyé la mano en el auricular mientras respiraba casi con angustia.

Desde la puerta de la *roulotte,* Olga me miraba con los ojos desencajados. Había salido al empezar a hablar yo, pero quedándose a corta distancia. Por consiguiente acababa de escucharlo todo. Su cara era en la penumbra como una pequeña mancha tan blanca que producía un escalofrío.

—Sexton… —murmuró—. ¿Es cierto lo que has dicho?

—Por desgracia, sí. ¿Has estado todo el tiempo a la escucha?

—Claro…

Su voz era ahogada.

—¿No ha ocurrido ninguna anormalidad?

—Ninguna… Ni Dale ha llamado ni he llamado yo. Simplemente ha pasado el informe a la hora acostumbrada, Sexton… ¿pero qué te ocurre? ¿Es que desconfías de mí?

Cerré los ojos con un gesto de impotencia mientras murmuraba:

—No sé qué pensar… Te juro que ya no sé qué pensar.

—Yo sí que lo sé, Sexton.

—¿Tú…?

—Sí. Durante tantas horas de soledad he estado reflexionando sin parar y he llegado a una conclusión.

—¿Qué conclusión?

Olga entrelazó los dedos.

Dijo con voz angustiada:

—Este lugar está maldito por la razón que sea. No trato de profundizar. Las causas las desconozco, pero este lugar está maldito. Iremos muriendo uno a uno mientras sigamos cerca de sus muros.

—Cerca de sus muros no ha muerto nadie —dije, intentando defenderme contra aquellos pensamientos—. Todos han muerto en Ginebra.

—Es igual. Debemos largarnos de aquí cuanto antes. Debemos marcharnos inmediatamente de este país.

—A la policía le parecerá una excelente idea —opiné—. Le ahorraremos el trabajo de expulsarnos por indeseables.

Olga asintió.

—Pero está el problema de Dale Went —dijo—. Ese problema obsesionante de Dale Went. No podemos dejarle solo.

—¡Diablos, no! ¡Se expondría a morir!

—Por eso pienso que hay que convencerle para que salga.

—No le convenceremos —dije—. Está cansado, pero sigue con la misma maldita obstinación. Él piensa que conseguirá algo ahí dentro.

—En ese caso tomemos una decisión de urgencia, Sexton. Vamos a sacarlo de ahí. Destrozamos los ladrillos de una de las ventanas, entramos y le hacemos salir de grado o por fuerza. No será tan difícil.

Cabeceé afirmativamente.

No me hacía gracia obligar a Dale a actuar contra su voluntad, pero me daba cuenta de que la idea de Olga era la única idea razonable.

—De acuerdo —dije.

—¿Manos a la obra?

—Manos a la obra.

—¿Ahora?

—¿Y por qué no?

Yo estaba decidido a acabar de una vez. No podía más. De modo que tomé un cortafríos y un mazo y me dirigí al castillo, Olga me siguió en silencio.

Elegimos una ventana de la planta baja.

—¿No avisamos antes a Dale? —preguntó ella.

—¿Para qué? Ya nos oirá. Cuando salga a recibirnos atraído por los ruidos, le hablaremos cara a cara y será mejor.

Di el primer golpe.

El cortafríos se hundió profundamente entre los ladrillos. Como el cemento aún no estaba endurecido del todo, la estructura cedió fácilmente.

Di unos cuantos golpes más.

Pensaba atraer con ellos la atención de Dale Went, de modo que éste ya nos esperara al otro lado de la ventana, pero hubo una circunstancia fortuita que impidió el que los ruidos llamaran la atención de nadie. Porque fue entonces cuando empezó la tempestad y cuando los truenos lo llenaron todo. Los golpes que yo daba se confundían con los continuos estampidos que las nubes

enviaban contra aquella zona de los montes Jura. Cuando el muro que había tapiado la ventana estuvo derruido, pensé que Dale no debía habernos oído aún.

En fin, lo mismo daba.

Ya hablaríamos con él cuando estuviésemos dentro.

Pasé yo primero y ayudé a Olga a hacer lo propio. Nos encontramos inmersos en aquella siniestra oscuridad que sólo rompía la lividez de los relámpagos. Noté que Olga temblaba y me di cuenta de que tenía miedo. Realmente el ambiente no era muy acogedor que digamos, pero tampoco iba a ocurrirnos nada.

—Tienes que animarte, Olga —dije—. Aquí no hay peligro.

—Ya sé que no, pero… En fin, ¿te imaginas que Dale hubiese tenido razón?

—¿Razón en qué?

—Pues… pues en eso de Morson. En que esa especie de momia aún estuviera aquí.

Sin querer me estremecí yo también.

Reconocía que era absurdo.

Pero ¿y si Dale Went había tenido razón? ¿Y si el secreto de todo estaba entre los muros de aquel castillo?

Nosotros habíamos entrado.

Nosotras no lo conocíamos apenas, de modo que estábamos perdidos allí.

Nosotros nos habíamos cortado prácticamente el camino, puesto que todas las puertas y ventanas estaban tapiadas y era imposible salir por ellas. Todas menos una…

Tomé la mano a Olga.

Noté que seguía temblando.

No obstante avanzamos poco a poco los dos. Sólo oíamos el leve roce de nuestros pasos. De cuando en cuando nos asaltaba el estampido de un trueno. Y luego nos parecía oír con más fuerza aún el incesante caer de la lluvia.

Nos habíamos hundido del todo en las profundidades negras del castillo.

Ya no sabíamos dónde estábamos.

Olga bisbiseó:

—Dios santo, qué forma de llover… Y encima en el castillo hay goteras. Ese clac, clac que no cesa…

Hice un gesto afirmativo, aunque ella no podía verme.

En efecto, había goteras en la vieja estructura del Morson.

Los clac, clac, clac, llegaban incesantes hasta nosotros.

Y de pronto sentí una convulsión en el fondo mismo de mis nervios.

De pronto lo comprendí todo.

La clave apareció ante mis ojos con su frío horror.

Allí estaba… ¡LO QUE TODOS HABÍAMOS OÍDO!

¡Pero sólo Magda se había dado cuenta de lo que significaba! ¡Sólo Magda había llegado a adivinar por eso el nombre del asesino, un nombre que nos dejaría petrificados a todos…!

El estremecimiento de mi cuerpo se transmitió a la mano con que yo acompañaba a Olga. Ella tuvo que notarlo a la fuerza.

—¿Qué te pasa?

—Olga, ya… yo sé qué es esto.

—¿Qué…?

—No lo creerás, pero tenemos la clave.

—No te entiendo, Sexton…

—Esa gota de agua —dije con voz insegura—. Es la gota de agua.

No nos podíamos ver. Sólo captábamos el ritmo irregular de nuestras respiraciones y el tono de nuestras voces inseguras. En la habitación donde estábamos ahora no llegábamos a oír ni el estruendo de la lluvia.

—Olga —musité—, ahora está todo claro. La solución se encontraba en las cintas magnetofónicas donde se contienen los mensajes de Dale Went. Tú sabes que él grababa los datos que debía comunicamos, como por ejemplo temperatura, tensión arterial, descubrimientos que había hecho, etc… Y a horas rigurosamente fijas nos los pasaba.

—Sí, claro que lo recuerdo. Y esas cintas las hemos oído cien veces.

—Pues, sin embargo, en algunas de ellas había algo que nos pasó inadvertido, algo que a mí ya me llamó la atención desde el principio, aunque no supe de qué se trataba. Magda sí que lo adivinó y eso le costó la vida.

—No acabo de entenderte, Sexton… ¡Habla de una vez! ¿Qué es?

—En casi todas las grabaciones, hechas por Dale en el sótano del castillo, se captaba el clac, clac de las gotas de agua —murmuré—, esas gotas de agua causadas por la humedad. En cambio en un par de grabaciones no se oían. Eso significaba que las grabaciones fueron hechas en el exterior del castillo.

También se estremeció todo el cuerpo de Olga.

Noté la vibración de miedo de sus músculos. Noté el castañetear de sus dientes.

Durante unos instantes los dos nos enfrentamos, en las tinieblas, a aquella sensación de horror.

Me costó trabajo hablar de nuevo.

Al fin lo hice con voz muy leve, casi con un susurro inaudible que apenas llegaba hasta Olga.

—Tiene que haber una salida secreta que permite evadirse del castillo —dije—. Todas estas antiguas construcciones solían tenerlas. Es la que Went ha empleado para entrar y salir. Dale Went es… ¡es ese monstruo…!

—Y nosotros —dijo ahogadamente la voz de Olga— nos hemos metido en su terreno. Nos hemos dejado encerrar en su jaula. ¡HEMOS ENTRADO SIN DARNOS CUENTA EN NUESTRA PROPIA TUMBA!

CAPÍTULO XVI

No sabría decir cuánto tiempo le costó serenarse a Olga. No podría asegurar cuánto tiempo noté aún el temblor de sus manos en las mías. Pero curiosamente yo no sentía miedo, sino asombro. Yo seguía pensando y tratando de canalizar aquel volcán que llenaba mi cerebro. Por eso dije al cabo de unos segundos:

—Como Dale Went tenía que transmitirnos los mensajes a horas fijas, esos mensajes debían estar grabados con antelación. Pero no con una antelación exagerada, ya que algunos datos, como por ejemplo las temperaturas del ambiente exterior —que Dale Went controlaba por medio de un termómetro puesto en la rendija de una ventana, para compararla con la temperatura interior— no coincidirían con las nuestras y eso podía llamarnos la atención. Lo acordado era que Dale grabaría sus mensajes unos minutos antes de transmitirlos.

—De acuerdo —susurró Olga—, ¿y qué?

—Muy sencillo. Cuando Dale Went salía para cometer sus crímenes, se exponía a no regresar a tiempo de grabar el mensaje y transmitirlo a su hora. Por eso lo grababa fuera, mientras acechaba a su víctima, y así no tenía más que colocarlo al llegar al castillo. Había ganado un tiempo precioso. Como siempre acechaba en parques o en calles solitarias, no se oía más rumor que el de su propia voz. Tuvo la suerte o el acierto de no captar ni pasos de personas ni ruidos de coches. En ese sentido su trabajo fue perfecto. Pero olvidó el detalle de la gota de agua.

—Cierto… —dijo Olga ansiosamente—. El ruido de la gota de agua se oía en las grabaciones hechas en el sótano, pero en las otras no.

Pasé el dorso de mi mano derecha por mi frente.

La tenía bañada en un sudor glacial.

—Hay otro detalle —dije suavemente—. Ahora me doy cuenta.

Después de la muerte de Ralph me dormí, no llamé a tiempo y, sin embargo, Dale no se extrañó. No me llamó él a mí por si pasaba algo. Ésa es una prueba más de que no estaba en su sitio, de que se encontraba fuera del castillo. Podía cometer sus monstruosos crímenes y regresar. Él era el único que tenía una coartada perfecta.

—¿Pero por qué? —balbució Olga con una voz dramática y casi inaudible—. ¿Por qué…?

—La cosa tiene que estar relacionada con lo que le ocurrió a su mujer —murmuré—. Ahora voy atando cabos, Olga, ahora mí cerebro funciona al fin con un poco de lucidez. Me doy cuenta de otro detalle que tiene una importancia esencial: Humboldt, el antiguo sirviente de confianza, se parece mucho a nosotros. Tanto que cierta vez lo vi en la ventana de su estudio y me pareció que era Peter. Entonces no le di importancia a eso. Pero se parece tanto a cualquiera de nosotros, por edad y por constitución física, que en las tinieblas podía pasar por cualquiera de los amigos de Dale.

—Sí… —dijo Olga, como entrando de pronto en un mundo donde el horror era posible—. Ahora me doy cuenta yo también de eso. Claro que sí… ¿Pero qué significa?

Olga, lo que voy a decirte es dramático, pero creo que tengo razón. Es decir, estoy seguro. Humboldt estaba rabiosamente enamorado de la esposa de Dale. Era la mujer de su vida. Apostaría mis dos manos a que las docenas de cuadros que pintó de memoria y que nadie ha podido ver eran retratos de esa mujer. Precisamente alquiló un estudio en Ginebra para poder pintarla con entera libertad, cosa que en el castillo no hubiese podido hacer.

—Comprendo —bisbiseó Olga—. Estaba enamorado de ella. Pero… ¿pero y qué…?

—Lo más dramático viene ahora —dije—. Las cosas tuvieron que ocurrir así, estoy seguro. Una noche, en la más completa oscuridad, mientras nosotros estábamos en el castillo para una de nuestras reuniones mensuales, Humboldt entró en el dormitorio de la esposa de Dale, mientras Dale se encontraba en otra dependencia, y consiguió ultrajarla. No debió decir una palabra. Ella tampoco debió chillar, quizá porque se desmayó o porque recibió algún golpe que la dejó aturdida. Aunque también es posible que no se atreviera por no dar motivo a un drama sangriento. Nunca creyó que fuera Humboldt, nunca pensó que un sirviente se atreviera a tanto.

Pensó… ¡que éramos uno de nosotros!

Olga se estremeció. Como mujer que era, se daba cuenta del drama íntimo, agobiador, de la esposa de Dale Went. Se daba cuenta del terror moral en que debió vivir la última de los Morson.

Cada vez más convencido de lo que decía, pues sabía que ahora todo ligaba, continué:

—Ella no debió decir nada por temor a que Dale organizase una venganza sangrienta. Sabía que en el fondo tenía un carácter agresivo y cruel. Pensó que la cosa no tendría consecuencias y que a la larga llegaría a olvidarla incluso. Pero sí que tuvo consecuencias. Ella estaba encinta.

—Dale podría pensar que era hijo suyo —musitó Olga.

—No, Olga, no. Se producía entonces un hecho que nadie conocía, pero que yo averigüé un poco casualmente yendo a ver a un médico que tiene su consultorio en la Place du Marché de Ginebra. Dale había sufrido un accidente de coche poco antes y se hirió en la ingle. El médico no me lo dijo claramente, pero se podía deducir sin duda que Dale Went se había transformado temporalmente en un inútil para tener relaciones matrimoniales. Por consiguiente supo que el hijo no era suyo. Debió someter a su esposa a terribles torturas morales, debió exigirle con mil pequeñas agresiones que le dijera el nombre del tipo que la había hecho suya.

—Y ella se negó…

—Cierto, ella se negó. Si no sabía quién de nosotros había sido… ¿cómo podía acusar a alguien? Su tormento moral debió ser terrible. Cuando en una caída casual perdió al hijo, pensó que Dale olvidaría aquello, pero Dale no lo olvidó. Cada vez estaba más obsesionado. Debió golpearla incluso, debió exigirle salvajemente el nombre de alguien. Ella dijo que no. Escribió la palabra «No» en todas partes. La negativa fue su última palabra, puesto que no quería acusar a nadie injustamente. Nunca imaginó que el culpable pudiera ser Humboldt.

Olga emitió una especie de quejido al preguntar:

—¿Crees que él llegó a matarla?

—Claro que sí. La consideraba tan culpable que decidió su muerte. Era sencillo, puesto que salió a cazar alimañas, se separó de los otros, volvió al castillo por la entrada secreta que da al sótano y mató a la mujer. A continuación decidió que moriríamos nosotros,

pues juzgaba que sólo uno de nosotros —no sabía cuál— podía ser culpable.

—¿E inventó ese proyecto de quedar encerrado en el castillo?

—Sí —dije—. De ese modo tenía una coartada perfecta. Todos, empezando por la policía, suponían que era el único que no se había podido mover de aquí. Y de no ser por ese sonido, el leve sonido de la gota de agua, no lo hubiéramos descubierto jamás. Claro que Dale pensaba matar sólo a los hombres, pero también mató a Magda porque ella llegó a averiguar la horrible verdad. Y eso me hace pensar, Olga, que tú no tienes necesidad de meterte en esto. Tú debes salir. Debes huir… ¡Debes huir…!

Mi voz era febril, ansiosa. Noté que la muchacha se estremeció de nuevo.

—Debemos huir los dos —dijo—. Los dos…

—De acuerdo —dije al cabo de unos instantes—. Es una idea razonable. Explicaremos a la policía lo que hizo Humboldt y lo que ha estado haciendo Dale. Por fortuna el caso está resuelto. Vamos…

Y nos dirigimos a tientas hacia la ventana que habíamos abierto, la única ventana por la que podíamos salir.

Pero no sabíamos dónde estaba.

De pronto nos enfrentábamos de nuevo a aquella oscuridad viscosa, sutil, maligna, una oscuridad de la que salían mil brazos que parecían palpar nuestros cuerpos.

Nos habíamos metido en las entrañas del castillo y no sabíamos encontrar la salida.

Nos habíamos hundido en nuestro propio universo de horror.

Olga llevaba las manos extendidas.

Quería hendir aquellas tinieblas viscosas. Quería llegar hasta la ventana. ¡Quería salir de allí…!

Sólo sus manos, su tacto, podían orientarla en aquellos minutos terribles.

Y de pronto la oí lanzar aquel gemido de esperanza. Acabábamos de ver la leve claridad de la ventana. Estábamos a punto de salir. Teníamos ante nosotros, a veinte pasos, la libertad y la vida.

Avanzamos como dos sonámbulos.

Como dos espectros más del castillo.

Y fue entonces cuando los dedos de Olga rozaron aquello. Fue

entonces cuando lanzó aquel grito lacerante, desgarrador, aquel grito que llegó hasta el fondo de nuestros nervios.

Porque sus dedos acababan de rozar la cabeza de un hombre.

Sólo la cabeza…

Sólo aquel macabro adorno puesto sobre una de las mesas. La cabeza que entonces un relámpago iluminó de pronto y que los dos pudimos ver bien…

¡Era la de Humboldt!

¡Lo habían exterminado con un golpe de hacha!

¡Dale Went, después de ver los retratos y comprenderlo todo, lo debía haber atraído hacia el castillo con alguna treta! ¡Lo había llevado hasta allí para culminar su sangrienta venganza…!

Eso indicaba que nosotros no teníamos nada que temer.

Dentro de las tinieblas brillaba como una lucecita de esperanza.

Pero esa esperanza se disipó. Claro que teníamos que temer. Nosotros sabíamos demasiado. Nosotros lo sabíamos todo…

Y comprendimos que no teníamos salvación cuando el próximo relámpago iluminó la otra figura.

La figura siniestra que nos aguardaba allí.

La del propio Dale Went. Con un hacha.

CAPÍTULO XVII

Todo sucedió entonces con la rapidez de las pesadillas, con ese frenesí de las escenas mortales. De pronto, a los últimos resplandores del relámpago, vi que el hacha se alzaba. Vi que Dale Went venía hacia nosotros. ¡Me di cuenta de que íbamos a morir…!

Le juro a usted que nunca he tenido miedo a la muerte, y en aquel momento tampoco lo tenía. Mi terror venía de estar junto a Olga y no quería verla muerta como a Magda. No quería que me envolviese de nuevo aquel horror. No quería sentir el calor de su sangre…

Noté el parpadeo del filo del hacha.

Era el fin.

Era el último resplandor de la vida y el primer resplandor de la muerte.

No me preocupé de mí, puesto que mi propia vida no me importaba en este momento. Me ocupé sólo de Olga. De apartarla, de salvarla… Le di un empujón mientras yo mismo basculaba sin querer. El hacha rozó mi hombro izquierdo dramáticamente, pero sin llegar a alcanzarme.

Su lengua de acero se hundió en las viejas tablas del suelo, las tablas trabajadas a mano del castillo de Morson.

Cuando Dale Went iba a levantar el arma, yo puse el pie sobre el mango. Se lo impedí. Sentí que de mi garganta escapaba un rugido gutural, sentí que mis manos quemaban como si de ellas fluyera la sangre.

Pero era sólo una rozadura lo que tenía. Disparé los puños y alcancé con ellos a Went. Oí el chasquido de su mandíbula junto con su rugido de rabia.

Volví a pegar.

Ahora abajo.

Arriba.

Abajo otra vez…

Yo era más fuerte que él. Yo pegaba como un profesional cuando quería. Lo envié contra la ventana mientras Olga se llevaba las manos a la garganta sintiendo que no podía ni chillar.

Dale Went salió despedido por la ventana, pero no se hizo ningún daño porque estaba en la planta baja. Sólo lanzó un nuevo rugido. Intentó correr.

Me lancé hacia él como se lanza en estirada un portero de fútbol. Me abracé a sus piernas. Le hice caer y febrilmente rodamos los dos bajo la lluvia.

Olga nos había seguido como hipnotizada. No se daba cuenta de lo que sucedía. Su grito se mezcló al estampido horrísono del trueno.

Dale Went se desprendió de la llave a que lo tenía sometido. Corrió jadeando entre las tinieblas, en dirección a la lucecita de la *roulotte*. Pasó junto a ella y se dirigió hacia el coche, pensando que allí estaba su posibilidad de huir. Un relámpago lo iluminó todo vívidamente.

Su luz espectral nos lo mostró todo.

Nos mostró a Dale Went corriendo al borde de los peñascos que limitaban el precipicio de más de treinta metros.

Nos mostró su cara desencajada.

Nos mostró también… ¡aquella figura alta, siniestra, negra!

¡La figura de un hombre sin edad!

¡La figura de un fantasma que parecía haber surgido del fondo de la noche…!

Quedé aterrorizado.

Con la boca angustiosamente abierta.

Jadeando.

¿Podía ser aquel Emmanuel Morson? ¿Podía haber vuelto? ¿Podía haber estado acechando en torno al castillo del que desapareció tantos años antes?

¿O era sólo una alucinación mía?

Nunca sabré si Emmanuel Morson había vuelto, porque la espectral figura desapareció. Nunca sabré si aquello fue verdad o fue un macabro juego de luces y sombras que me formaron los relámpagos. Nunca sabré tampoco si Dale Went cayó al abismo al resbalar o fue porque le empujó aquel fantasma.

Sólo oí su alarido desgarrador.

Su grito de muerte.

Quedé quieto, parpadeando, sintiendo resbalar por mi cara el agua de la lluvia, mientras el espectro era tragado por la noche.

Quizá realmente no existió jamás.

Quizá Dale resbaló solamente.

Pero no podría jurarlo.

Lo cierto es que jamás me he atrevido a volver al castillo de Morson. Ni a la limpia, puritana, tranquila, burguesa ciudad de Ginebra.

Lo cierto es que tampoco he podido olvidar lo que me dijo Olga, al fin y al cabo eternamente mujer, cuando le indiqué que debíamos ir cuanto antes a la policía.

—Tendrás que esperar un poco a que me cambie —murmuró—. ¿Quieres que me presente con esta facha? La lluvia me ha puesto perdida. Vamos a la *roulotte*, hombre… ¡Al menos me ayudarás a elegir un nuevo vestido…!

FIN



FRANCISCO GONZÁLEZ LEDESMA (Barcelona, 1927) es abogado, periodista y escritor.

El primer reconocimiento le llega en 1948 cuando gana, con Somerset Maugham y Walter Starkie en el jurado, el Premio Internacional de Novela gracias a *Sombras viejas*. Pero la obra premiada es censurada por el régimen franquista y se frustra el prometedor futuro del autor.

Coartado por la dictadura, González Ledesma empieza a escribir, bajo el seudónimo de **Silver Kane**, novelas populares para Editorial Bruguera. Desencantado de la abogacía, estudia periodismo e inicia una nueva etapa profesional en *El Correo Catalán* y, más tarde, en *La Vanguardia,* alcanzando en ambos periódicos la categoría de redactor jefe.

En 1966 fue uno de los doce fundadores del Grupo Democrático de Periodistas, asociación clandestina durante la dictadura en defensa de la libertad de prensa.

En 1977, con la consolidación de la democracia en España, publica *Los Napoleones* y en 1983 *El expediente Barcelona,* novela con la que queda finalista del Premio Blasco Ibáñez y en la que aparece por vez primera su personaje emblema, el inspector Méndez. En 1984

obtiene el Premio Planeta con *Crónica sentimental en rojo* y la consagración definitiva.

Como abogado ha recibido el premio Roda Ventura y como periodista el premio El Ciervo. En 2010 se le otorgó la Creu de Sant Jordi por su trayectoria informativa y por la calidad de su obra, de proyección internacional.